

REVISTA DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES

La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 22 DE ENERO DE 1912

NÚM. 1.569

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES



EL ÍDOLO, cuadro de Enrique Zo

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

SUMARIO

Texto.—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *El hombre que ríe*, cuento de Miguel Sawa. — *Cuadros de Moreno Carbonero. — Florencia. Exposición del Retrato italiano. — Los reyes de Inglaterra en la India. — La princesa Beatriz de Battenberg en Barcelona. — «Titayna», aramáltico de Guimerá y Morera. — El exorcismo de las aguas. — La novela de una creyente* (novela ilustrada; continuación). — *Notas de la América del Norte. — La agitación en Creta. — Barcelona. La nueva Bolsa del Trabajo.*

Grabados.—*El ídolo*, cuadro de E. Zo. — Dibujo de Carre-res, ilustración al cuento *El hombre que ríe*. — *La señora marquesa de Cayo del Rey y sus hijos; Llegada á la quinta de Gil Blas, en Livria, de los padrinos de su boda con la bella Antonia*, cuadros de Moreno Carbonero. — *Florencia. Exposición del Retrato italiano. — Los reyes de Inglaterra en la India. — S. M. la reina Doña María Cristina y sus nietos. — Barcelona. Llegada de S. A. la princesa Beatriz de Battenberg. — Excmo. Sr. D. Joaquín Sostres. — El exorcismo de las aguas*, dibujo de R. Pellegrini. — *Arte japonés contemporáneo. — «Titayna». Los autores e intérpretes. — Notas de Norteamérica. — Creta. El mitin de Gorgolaini. — Barcelona. La nueva Bolsa del Trabajo.*

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

El año 1911, que acaba de despedirse de nosotros, pertenece todavía á ese período de agitación universal que repercute en España, agravada por nuestros problemas interiores y por la mayor intensidad que revisten las infecciones cuando se apoderan de un organismo débil. No hay que repetir y ponderar ahora la parte que á Barcelona alcanza en esa agitación ó marea político-social, siendo, como es desgraciadamente, una de las ciudades europeas más expuestas á los contagios cosmopolitas.

Repetidamente se ha hablado aquí, no sólo de la esterilidad de este período de luchas, sino también del daño positivo que infiere á la prosperidad de la población y de Cataluña toda, cuyo auge expansivo, que constituía el asombro de todo el mundo y que resultaba, en rapidez é importancia, comparable tan solo al de Berlín en el viejo continente, ha acabado por detener ó amenguar de una manera considerable. Fermentación de los espíritus, violencias, choques de opinión, huelgas abortadas, intentos revolucionarios, falta de normalidad y ambiente para las grandes empresas..., ¿qué pérdida de tiempo y qué derroche de energías infructuosas no supone el año transcurrido, junto con los tres ó cuatro que le precedieron?

Esperemos que esa ola de agitación popular que ahora recorre el mundo, á semejanza de las «mareas terrestres» ó de las olas de calor que ruedan por la atmósfera, acabe de agotar su órbita y se amortigüe, como se amortiguaron también, en el siglo pasado, las tormentas del 48. Y, mientras esto ocurre, olvidemos toda la parte negativa y siniestra del balance anual, todo ese *debe* de pasiones enconadas y de impulsos destructores y dañinos, para fijar la vista en el *haber*, donde figuran á pesar de tantos obstáculos y contrariedades, numerosas é importantes partidas de beneficio, suministradas por la actividad silenciosa de la corriente cultural, que trabaja con más éxito que la política y no pocas veces á pesar de ella.

Este activo de que hablamos figura representado, en los comienzos de 1911, por la inauguración del Museo Social, iniciativa á la cual dediqué, en momento oportuno, una de estas crónicas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, debiendo añadirse después, la de la biblioteca y consultorio ó secretaría de la misma, con la que Barcelona ha seguido de cerca en este punto á muchas capitales europeas y americanas y se ha adelantado á otras de igual ó mayor categoría que no cuentan aún con un centro de tanta importancia y utilidad, habida cuenta de los conflictos y preocupaciones de nuestro tiempo. También vió inaugurar más tarde, á principios de junio, la Casa familiar para libertos, niños y jóvenes abandonados, con que viene á enriquecerse la ya copiosa organización benéfica y altruista que viene creando entre nosotros la acción social.

Al mismo año 1911 corresponde la gloria de haber fundado é inaugurado la Casa de América, respondiendo á esa doble predilección de los americanos por Barcelona y de Barcelona, entre todas las ciudades de España, por los americanos y por el problema de las relaciones entre el nuevo continente y su vieja metrópoli. Esta fundación ha tenido un remate digno del entusiasmo con que nació, y ha sido la Asamblea Americanista celebrada á mediados de diciembre. de la cual Barcelona salió consagrada como capital efectiva del mundo hispanoamericano en Europa y que atrajo una notable concurrencia de asambleístas distinguidos y aun eminentes, así de Madrid y otras ciudades del reino, como de las principales repúblicas americanas.

Entre los actos resonantes y de trascendencia que desde algún tiempo á esta parte vienen afirmando la

capitalidad industrial y económica de España á favor de nuestra población, figura en primer término el Congreso Algodonero, cuya tercera reunión, si no voy equivocado, correspondió á Barcelona á mediados de junio. Ella significa algo más que una complacencia benévola ó un simple movimiento de turistas y viajeros curiosos. La Federación Algodonera Universal representa la más numerosa, pingüe é importante de las industrias mundiales y la componen verdaderos potentados. Los elementos que aquí se reunieron, llenando las salas que cedió la Universidad, representaban muchos millares de púas y muchos millones de pesetas y aun de libras esterlinas. Trátase, pues, de una grande y efectiva aglomeración de intereses económicos, que no suelen moverse como se mueven los simples intereses intelectuales ó artísticos, por predilección de simpatía y aun de capricho. Los congresistas quedaron prendados de nuestra ciudad y de la espléndida y obsequiosa acogida que el Fomento del Trabajo Nacional y las demás corporaciones de índole económica les dispensaron.

La VI Exposición Internacional de Arte de la que me correspondió hablar también detenidamente, dió el año último, después de un retraso de consideración en la periodicidad que se les había señalado, aquella nota de animación y aire europeo que suelen granjear los certámenes de aquella categoría, desde la fiesta del *vernissage* á la de clausura, con los conciertos y audiciones intermedios, y con el aliciente que prestan á la discusión de problemas estéticos é intelectuales. También el primer Congreso Nacional de las Artes del Libro consiguió concentrar un gran interés y reunir algunos centenares de impresores y editores de toda España, sin contar los de Cataluña, que ventilaron en común los temas del cuestionario, con un sentido de perfección profesional más todavía que de interés ó egoísmo...

De la misma manera, durante el año pasado comenzaron sus trabajos efectivos las dos nuevas secciones del *Institut d'Estudis Catalans*: la de Ciencias y la de Lengua catalana, quedando también terminado el magnífico arreglo del palacio de la Diputación de antigua Generalidad en la parte que ha sido destinada á dicho Instituto y á la futura y magna biblioteca de Cataluña; las obras de la Reforma interior han continuado activamente, no sólo en cuanto al derribo llevado ya hasta la sección tercera de la Gran Vía A, sino también en lo que afecta á la urbanización, rasante y subsuelo de la misma, no menos que á la edificación de importantes edificios de carácter particular y público que deben adornarla; se acabó la fachada y el cimborio de la Catedral, inaugurando en el claustro la capilla destinada á guardar los restos de Gallifa, Aulet, Massana, Lastortras, Portet, Pou y Navarro, fusilados por los franceses en 1809, á causa de su fidelidad patriótica; las cuatro Diputaciones catalanas han suscrito, con la cooperación de todos los partidos, las bases de la Mancomunidad de Cataluña, presentada al Gobierno y acogida por él con oferta de convertirla en proyecto de ley, como base de una restauración regional fecunda en esperanzas; se han dedicado homenajes merecidos al maestro Granados, al maestro Morera restituído á Barcelona desde la Argentina, al maestro Pedrell en Tortosa; el «Orfeo Catalá» ha continuado su gran labor educativa, sus conciertos de la Sinfónica de Madrid y sus esfuerzos habituales cuya última manifestación ha sido la gran misa de Bach... No acabaríamos siuviésemos que puntualizar tantos extremos honrosos como, en esta ojeada retrospectiva, compensan y contrarrestan en gran parte los asientos negros y lúgubres.

Entre estos últimos, si bien no debido al espíritu de revuelta ó discordia, sino á las leyes fatales de la vida humana, figura uno de mayor cuantía para todos los catalanes y que debiera serlo también para todos los españoles: el año quiso despedirse dejando funesta memoria y enriqueciendo su lista con un nombre preclaro, el más preclaro sin duda que lucía actualmente en nuestra mentalidad. ¿Quién no reconocería á Maragall en tal perífrasis?

Maragall era de esos hombres de temperamento aristocrático, en el puro sentido de la palabra, que parecen por sí mismos una depuración de nuestra especie y resultan superiores á su obra escrita, con todo y ser la suya tan preciosa y excepcional. Tenía su personalidad un encanto indefinible de señorío, de distinción innata, de elegancia espiritual, no granjeadas por la tijera del sastre, ni por la adopción servil de un patrón de *dandyismo*, ni por ninguna imitación postiza de la misma índole. Este señorío, compatible con la modestia y aun con el descuido de la indumentaria, no era más que el reflejo externo y la expresión de su íntima y delicada estructura moral.

Su rostro atractivo, ligeramente moreno; su piel

que transparentaba en la frente y en las manos la finura nerviosa de las venas; sus ojos brillantes, su cabello sedoso y negro surcado por hilillos de plata; las alas de la nariz y la boca, palpitantes y entreabiertas por un anhelo de respiración—síntoma acaso de la dolencia que le ha llevado al sepulcro;—la voz débil y quebrada pero suave, todo revelaba en él esa organización al mismo tiempo exquisita y varonil de que vengo hablando.

Y la figura no mentía. Porque todo lo que representó como publicista y poeta: el alto espiritualismo cristiano, la emoción sincera y profunda, la alianza misteriosa del sentido pagano y del sentido místico, el don de lo vago é inefable, por ventura la reacción idealista contra el realismo material y sin horizontes de la generación que le precedió..., todo eso se hallaba en el hombre, en la persona, y se desprendía de su conversación y trato antes de que los escritos pudieran decirnoslo, y aun con más fuerza é intensidad que estos escritos.

Acabo de insinuar que Maragall representó en Cataluña la reacción espiritualista contra las materialidades de un arte estrechamente sensual, y así es en efecto. Recordemos, si no, el estado de las letras y del pensamiento en el instante de su aparición pública, después de 1890. Predominaba entonces como estética la estética naturalista en sus derivaciones últimas. No se hablaba más que de realismo, de arte experimental, de documentos humanos. Los novelistas daban el tono y monopolizaban la república de las letras. Por contagio de la novela realista, la poesía se hizo plástica y material, se *despoetizó* en gran parte y adoptó los estilos recortados y vigorosos de la prosa, sin esfumados, ni penumbras, ni últimos términos y lejanías. El pensamiento venía informado en la doctrina positivista, que de un método de investigación quiso hacer una filosofía, suprimiendo de una plumada todo el mundo metafísico y suprasensible.

Esto por un lado, por el lado de Europa; y de otro, del lado local, el ruralismo de la vieja tradición de los Juegos Florales, arte embrionario y de *pesebre* como se ha dicho después, determinaron el cansancio consiguiente. La transición no se hizo esperar y pronto surgieron los primeros chispazos de carácter sentimental en la literatura bohemia de Rusiñol, y de carácter hondamente espiritualista en Maragall. ¿Quién, mejor que Maragall, puede representar ese interesante momento de la sensibilidad moderna que viene comprendido en el último decenio del siglo XIX? No sólo en Cataluña, en las porciones más escogidas y selectas de Europa hubiera figurado nuestro poeta; con el precioso bagaje de sus *Poesías*, de sus *Disperses*, de su *Enllà*, de sus *Seqüencies* y de sus artículos y discursos como un producto sutil y escogido de la naturaleza humana tendiendo á lo alto y al más allá de la vida. Pero en Cataluña con mayor razón porque en ese poeta tan patriota y tan profundamente catalán en otros sentidos, puede verse como una excepción de la índole atribuída á su raza, en son de reproche no pocas veces, á saber: el sentido práctico y la aptitud exclusiva por las bajas cuestiones utilitarias y no trascendentes.

La obra de Maragall y su influencia difusa es obra é influencia de dignificación social, de espiritualización hondamente cristiana, así contra los falsos progresistas como contra los falsos conservadores. Ciertamente era el suyo un temperamento genuino de conservador. Pero ¡de qué manera!, ¡con qué luces!, ¡con qué sentido de la responsabilidad aceptada al declararse conservador!

No es posible aquí tratar de su obra poética ni entrar en análisis ó disquisiciones críticas acerca de ella. No faltará quien lo haga con mayor autoridad y cuando el tiempo haya producido en los que fueron sus amigos la natural sedimentación, separando los afectos del hombre y la estimación objetiva del escritor. Pero bien se pueden recordar sus artículos y trabajos de publicista, dignos de releerse y estudiarse en conjunto, con la íntima trabazón que los enlaza y que el lector raras veces observa á través de las intermitencias del periódico. Propaganda de cordialidad, de sacrificio, de abnegación continua, de ejemplos de dignidad y pureza, ésas eran las notas del espíritu conservador y tranquilizador, y bien pudiera decirse que sedante y balsámico, de Maragall.

Todo eso hemos perdido. Todo eso se hundió en la fosa con Maragall, con el triste año 1911. Murió joven para la patria y para las letras, con una muerte que nos roba acaso la mitad más fuerte y decantada de su tesoro mental y de las riquezas de su espíritu; y vino á continuar, esa funesta tradición de Cataluña de los talentos truncados y malogrados á medio camino: Cabanyes, Piferrer, Balmes, Fortuny.

HISTORIAS DE LOCOS.—EL HOMBRE QUE RÍE, CUENTO DE MIGUEL SAWA



Y seguí apretándola el cuello hasta ahogarla

—Señor doctor, yo soy Tony Garnier, el famoso clown Tony Garnier, que posee el raro secreto de la risa. Yo soy el hombre que ríe constantemente, perpetuamente... Como el trágico judío de la leyenda, á quien Dios condenó á andar siempre, por los siglos de los siglos, á andar siempre, sin tregua ni descanso, yo también, por mandato divino, estoy condenado á reír. Y no sé si después de muerto... Doctor, cuando el alma se separa del cuerpo, ¿cesa por completo la vida en el organismo humano? ¿No cree usted en la existencia de ese fluido al que Descartes llamaba la «materia sutil?» ¡Porque yo tengo miedo de que mi carcajada siniestra siga sonando en ese más allá que hay después de la muerte!

Doctor, ¡soy el hombre más desgraciado del mundo! ¿Qué podría hacer yo para llorar? ¿Por qué Dios me ha negado el don supremo de las lágrimas? ¡Oh, es espantoso, no hay nada que me conmueva, nada que me emocione! Todo me hace reír. No tengo sensibilidad moral alguna. Soy un monstruo.

Créame usted las palabras de verdad que le digo: no hay dolor que para mí sea dolor. El espectáculo de la muerte, que á todos aterra, provoca también en mí la insensatez de la risa. Una noche, mi compañero Moris, por el que sentía yo cierto afecto, cayó desde el trapecio á la pista, destrozándose la cabeza. Corrí, maquinalmente, á su lado para prestarle auxilio. El pobre muchacho vivía aún. Roja la cabeza por la sangre que le brotaba de la herida, los ojos desencajados saliéndosele de las órbitas, la boca contraída por el dolor, el buen Moris estaba realmente espantoso. ¡Y qué modo de quejarse el del mísero! Haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, pudo pronunciar algunas palabras: «¡Mala suerte, Tony, mala suerte! ¡Me muero, me muero!» ¿Y lo creerá usted, doctor? Inclinado sobre mi camarada, que yacía en el suelo retorciéndose con las convulsiones del dolor, yo reía como un insensato. El público, que se había dado cuenta exacta de la tragedia, bajó á la pista indignado, con el propósito de *lyncharme*. Yo seguía riendo como un loco sin hacer caso de los denuestos de la gente. Y todavía —ya ve usted si soy un perfecto miserable— al recordar al pobre Moris siento ganas de reír. ¡Es espantoso, ¿verdad?, es espantoso!

¿Cómo se explica usted esta extraña insensibili-

dad que me hace inferior á los mismos animales? ¿Cómo se explica usted esta extraña predisposición á la risa? Yo creo que esto es un castigo del cielo. Verá usted... Voy á contarle la tragedia de mi vida. Escúcheme y compadézcame.

¿Usted ha oído hablar de Alicia Brond, más conocida por el sobrenombre de la *Walkiria*? Pues Alicia Brond era mi mujer: mi mujer legítima.

¿Verdad que era muy hermosa? ¡Oh, sí, muy hermosa! Me parece estarla viendo, con sus ojos azules, de un azul obscuro, brillantes como luceros; sus mejillas encendidas, del color de las rosas; su boca grande, sensual, de un rojo sangriento...

¡Dichoso el hombre á quien aquellos ojos miraran con amor; dichoso el hombre á quien aquella boca le hiciera el don de sus besos!

Uno de los mayores encantos de Alicia, me acuerdo bien, era su cabellera de seda y oro, en la que podía envolverse como en un manto regio, y que tenía no sé qué perfume afrodisíaco... Nos queríamos mucho, mucho... Yo era feliz en su amor si los celos... No comprendo que se pueda querer á una mujer sin dudar de ella.

¿Hay mayor tormento, hay mayor dolor que los celos? Yo creo que no. Vivir en perpetuo temor, desconfiar de todo, dudar siempre, es horrible. Y así he vivido yo cerca de dos años. Mucho he sufrido, pero mucho también he hecho sufrir á la pobre Alicia. Mire usted, mi mujer era una de esas mujeres que pareciendo malas son, en realidad, mejor que buenas. Ella solía decirme: «¿Pero qué quieres que haga? Es preciso vivir con el público. Si me miran, tengo que mirar; si me sonríen, tengo que sonreír. Pero ya sabes que yo no quiero á nadie en el mundo más que á ti.» Y con los ojos llenos de lágrimas: «Tony, ¿por qué te empeñas en hacerte desgraciado? ¿Por qué dudas de mí?» Yo le contestaba furioso: «¡No quiero que mires á nadie, ¿lo oyes?, á nadie! ¡Tengo celos de todo y de todos! ¡Ah, conozco bien la perfidia de las mujeres! ¿Crees que si no me dieras motivos desconfiaría yo de ti? A veces miras de una manera á los hombres... ¡Era cosa de arrancarte los ojos! ¿Es que porque soy un mísero clown no tengo derecho á velar por mi dignidad de marido? ¡Pues ten cuidado, Alicia, ten cuidado! El

día menos pensado pierdo la paciencia y entonces... Esto, fatalmente, tiene que acabar mal. Tú no quieres enmendarte... Y ya me va faltando la paciencia.»

De todas las enfermedades morales que padece el hombre la única que no tiene cura es la de los celos. Sin tener, no ya pruebas, sino el menor indicio de la infidelidad de Alicia yo seguía dudando de ella. Nuestra vida era una vida de condenados. Llegué á injuriarla, llegué á maltratarla... ¡Aquellos luceros que brillaban antes en sus ojos se habían apagado; sus labios, de un rojo sangriento, tenían ahora el color morado del lirio!.

Y al fin surgió la catástrofe. Una noche, después de golpearla brutalmente, sin motivo alguno, la amenacé con señalarle la cara, para que aquella herida, reveladora de su ignominia, la sirviese de perpetuo castigo. Alicia, rechinando los dientes, y con una voz que yo no le había oído nunca, me replicó furiosa:

—¡Te has propuesto que sea mala y vas á salirte con tu gusto!

Me arrojé sobre ella, sujetándola por ambos brazos:

—¡Ah!, ¿pero es que me amenazas?

—¡Sí!, ¡te amenazo! ¡Estoy harta de que me maltrates sin motivo!

—¡No me provoques!

—¡Señálame la cara! ¿Por qué? ¡Mi único delito ha sido quererte. Pero desde ahora en adelante...

La cogí por el cuello para evitar que siguiera hablando.

—¡Miserable!

—¡Suelta!

—¡Canta, canta como Desdémona, porque vas á morir!

—¡No!.. ¡Suelta!..

—¡Canta!

—¡Soy inocente!

—¡Ya le darás cuenta á Dios de tu inocencia!

—¡Perdón!..

—¡No hay perdón para ti!

Y seguí apretándola el cuello, hasta ahogarla. De pronto cayó desalmada al suelo, muerta...

Cumplida mi bárbara venganza me eché á reír como un loco. Y desde aquella noche mi carcajada siniestra suena constantemente, perpetuamente... ¡Ay, doctor!, ¿qué haría yo para poder llorar?

(Dibujo de V. Carreres)

CUADROS DE MORENO
CARBONERO

Cábenos hoy la satisfacción de reproducir en las páginas de esta Revista dos obras notables de este excelente artista, merecedoras, como todas las suyas, de admiración y aplauso. De género distinto ambas, distínguense una y otra por la maestría que revelan y por ese conjunto de pormenores que hacen suponer en quien las ha ejecutado á un pintor de exquisito gusto, culto, de vasta ilustración, y poseedor de un perfectísimo conocimiento de la técnica. Quien conozca la producción de nuestro distinguido amigo, ha de estimar justas nuestras apreciaciones, puesto que constituyen la característica de su labor. Sus cuadros de carácter histórico han de estimarse siempre como resultado de minuciosos estudios é inteligentes investigaciones, y sus retratos como dechado de buen gusto y representación fidelísima del personaje, en su espíritu y su modo de ser.

El cuadro, inspirado en uno de los capítulos de la popular obra de Lesage, que es el último que ha producido tan inteligente artista, es un trasunto de la época en que se supone vivió Gil Blas de Santillana. Al observar la abundancia y disposición acertada de los pormenores, produce la impresión de la realidad. Es digno compañero de los varios de esta serie que ha producido Moreno Carbonero, pues ni desmerece de ellos ni los supera.

Gracias á sus méritos y esfuerzo ha logrado singularizarse y que su nombre sea respetado, gozando de la consideración que lleva consigo la maestría. Al pronunciarse su nombre recuérdanse siempre sus grandes lienzos á los que debe sus más señalados triunfos. *El príncipe de Viana, La conversión del duque de Gandía, La entrada de Roger de Flor en Constantinopla*, acreditan su personalidad artísti-



La señora marquesa de Cayo del Rey y sus hijos,
grupo de retratos pintado por José Moreno Carbonero

ca, así como las escenas del *Quijote* y del *Gil Blas*.
Cuanto es y cuanto vale se lo debe á sí mismo. Doble-
mente merece nuestra simpatía y consideración.

entre los mejores retratistas que en Italia siguieron
con provecho las tendencias del gran artista francés
David.—S.

FLORENCIA

EXPOSICIÓN DEL RETRATO ITALIANO

Continuando la información gráfica que de esta exposición dimos en los números 1.556 y 1.557, publicamos en la siguiente página cuatro obras de los célebres pintores Strozzi, Tiépolo, Bacciarelli y Forte.

Bernardo Strozzi, llamado *el Capuchino*, nació en Génova en 1581 y murió en Venecia en 1644. Estudió con Sori y entró muy joven en la orden de los capuchinos, que, algunos años después, abandonó para dedicarse á la pintura y ayudar con su trabajo á su familia. Establecido en Venecia, en donde tomó el hábito de sacerdote secular, perfeccionóse en su arte y pintó multitud de frescos y cuadros que le aseguraron un puesto eminente en la pintura. Como retratista, se le considera uno de los primeros entre sus contemporáneos.

Juan B. Tiépolo nació en Venecia en 1693 y murió en Madrid en 1770. Alcanzó gran celebridad desde muy joven; pintó en varias ciudades de Italia; dirigióse luego á Wurzburg y finalmente se estableció en España, en donde fué pintor de Carlos III. Sus pinturas, que se admiran en los principales museos de Europa, revelan una pincelada segura y fácil y un colorido suave y armónico.

Marcelino Bacciarelli nació en Roma en 1731 y murió en Varsovia en 1818. Después de haber trabajado en Dresde, trasladóse á Polonia, en donde fué el pintor favorito de la corte de Estanislao Augusto Poniatowski, quien le confió la dirección de las bellas artes en aquel país.

Cayetano Forte, que floreció en el primer tercio del siglo pasado, figura entre los mejores retratistas que en Italia siguieron con provecho las tendencias del gran artista francés David.—S.



Llegada á la quinta de Gil Blas, en Liria, de los padrinos de su boda con la bella Antonia,
cuadro de José Moreno Carbonero. (*Gil Blas de Santillana*, lib. X, cap. IX.)

FLORENCIA.—EXPOSICIÓN DEL RETRATO ITALIANO

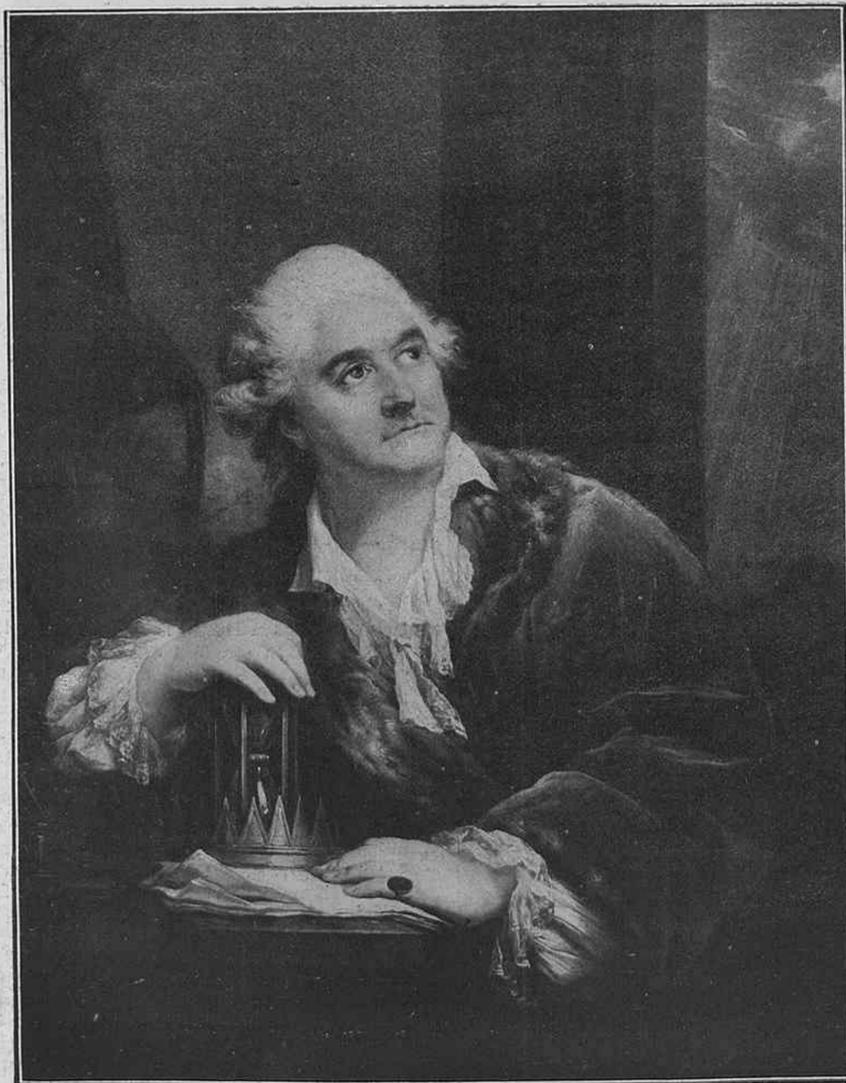
(Fotografías comunicadas por Carlos Abeniacar.)



Retrato del canónigo Nicolás Giordano, pintado por Cayetano Forte (primer tercio del siglo XIX). Propiedad de la familia Giordano, de Túnez



Un oriental, retrato pintado por Juan B. Tiepolo (1693-1770), propiedad del Sr. Dal Zotto, de Venecia



Retrato de Estanislao Poniatowski, pintado por Marcelino Bacciarelli (1731-1818)



Retrato de un caballero de la orden de Malta, pintado por Bernardo Strozzi (1581-1644)

LOS REYES DE INGLATERRA EN LA INDIA

EL GRANDIOSO FESTIVAL DE CALCUTTA



Gran festival.—La carroza de la fiesta de Dashaara.—Es el vehículo de más peso de cuantos se conocen, está ricamente decorado con oro y plata y tiran de él dos elefantes cubiertos de magníficos jaeces. (De fotografía de L. N. A. Staff Photographer.)

Por vez primera en la historia del imperio indio, la ciudad de Calcutta, que hasta ahora había sido la capital imperial, ha recibido la visita de sus soberanos.

Temíase que el hecho de haber sido trasladada últimamente, en virtud del manifiesto leído por el rey Jorge V en el *Durbar* de Delhi, según explicamos en el número 1.567, la capitalidad del imperio a esta última ciudad, sería causa de que el recibimiento hecho a los soberanos en Calcutta fuese un recibimiento frío, y hasta se abrigaban temores de que pudiera alterarse el orden público, lo cual hizo que las autoridades adoptasen grandes precauciones para evitar cualquier desorden ó para reprimirlo en caso de que se produjese a pesar de todas las medidas previamente tomadas.

Los temores, sin embargo, resultaron por fortuna infundados y las disposiciones preventivas inútiles, pues la población en masa de Calcutta recibió a los soberanos con verdadero entusiasmo, no cesando de aclamarlos, a su llegada, en todo el largo trayecto que hubieron de recorrer desde la estación hasta el palacio del Gobierno.

La estancia de S. S. MM. en Calcutta ha sido celebrada con brillantes festejos, entre los cuales han sobresalido por su especial magnificencia la parada de la proclamación y el grandioso festival indio, que se efectuaron el día 2 y el día 5 de este mes respectivamente.

En la parada de la proclamación, el rey, después de haber



Tambores y cimbaleros de Murshidabad que tomaron parte en el festival. (Fot. C. Trampus.)

revistado 8.000 soldados, leyó un discurso en el cual explicó los motivos que habían determinado la traslación de la capitalidad a Delhi y expuso las beneficiosas reformas que, en

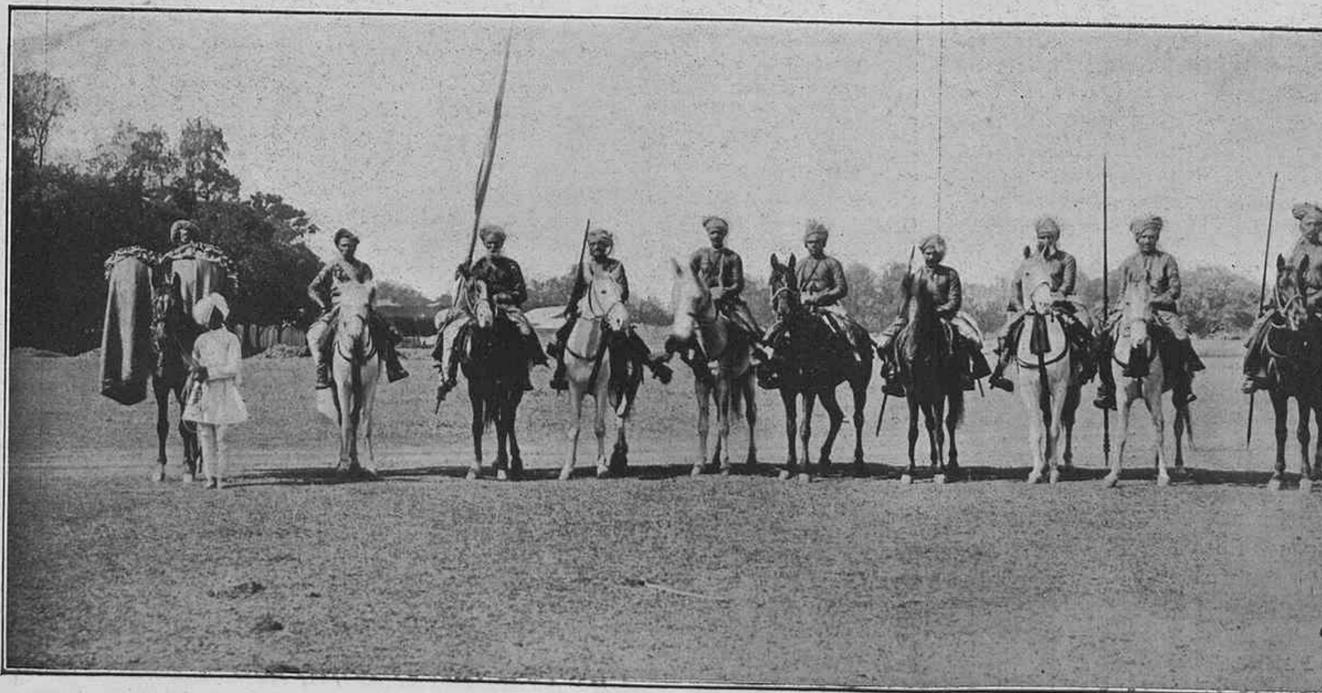
compensación de esta pérdida, otorgaba a Calcutta: lo primero fué recibido con respetuosa reserva; lo demás, en cambio, dió lugar a expresivas manifestaciones de contento.

El festival indio revistió una suntuosidad y un esplendor superiores a toda ponderación. Celebróse en un espacio llano del parque de Maidán, de una superficie de media milla cuadrada. A un lado habíase construído un anfiteatro con una gran cúpula en el centro y otras cúpulas más pequeñas distribuídas en los cuerpos laterales. La cúpula central, cuya arquitectura era la tradicional de todos los templos indios de Bengala, cobijaba un precioso trono de oro destinado a los soberanos. Los otros tres lados del cuadrilátero estaban ocupados por el público, que formaba una masa enorme.

A las dos y media de la tarde llegaron los soberanos y lord Hardinge, pasando aquéllos a ocupar el trono. Inmediatamente el nabab Bachadur de Murshidabad presentó al rey emperador 101 monedas de oro, colocadas en una preciosa bandeja, como ofrenda del pueblo de Bengala, Behar, Orissa, Bengala Oriental y Assam.

Después comenzó el desfile, espectáculo grandioso, magnífico, pintoresco, cuya descripción se hace imposible. Soldados de variados uniformes, músicos, jinetes, camellos, elefantes, literas de plata y piedras preciosas, emblemas de vivos colores, estandartes, banderas, formaban un conjunto deslumbrador al que ponía espléndido coronamiento la carroza regia de la fiesta de Dashaara, que uno de los grabados de esta página reproduce.

Al retirarse los soberanos, una vez terminado el festival, fueron objeto de calurosísimas ovaciones.—S.



Guardias del Estado de Dahar que tomaron parte en el festival. (De fotografía de Carlos Trampus.)



Infante D. Jaime, hijo de los Reyes. Infante D. Alfonso, hijo de don Carlos. Infanta D.^a Beatriz, hija de los Reyes. La reina D.^a María Cristina con la infanta María de las Mercedes, hija de Doña María Teresa y D. Fernando. D. Alfonso, príncipe de Asturias. Infanta D.^a Isabel, hija de D. Carlos. Infante D. Luis Alfonso, Eugenio, hijos de D.^a María Teresa y don Fernando

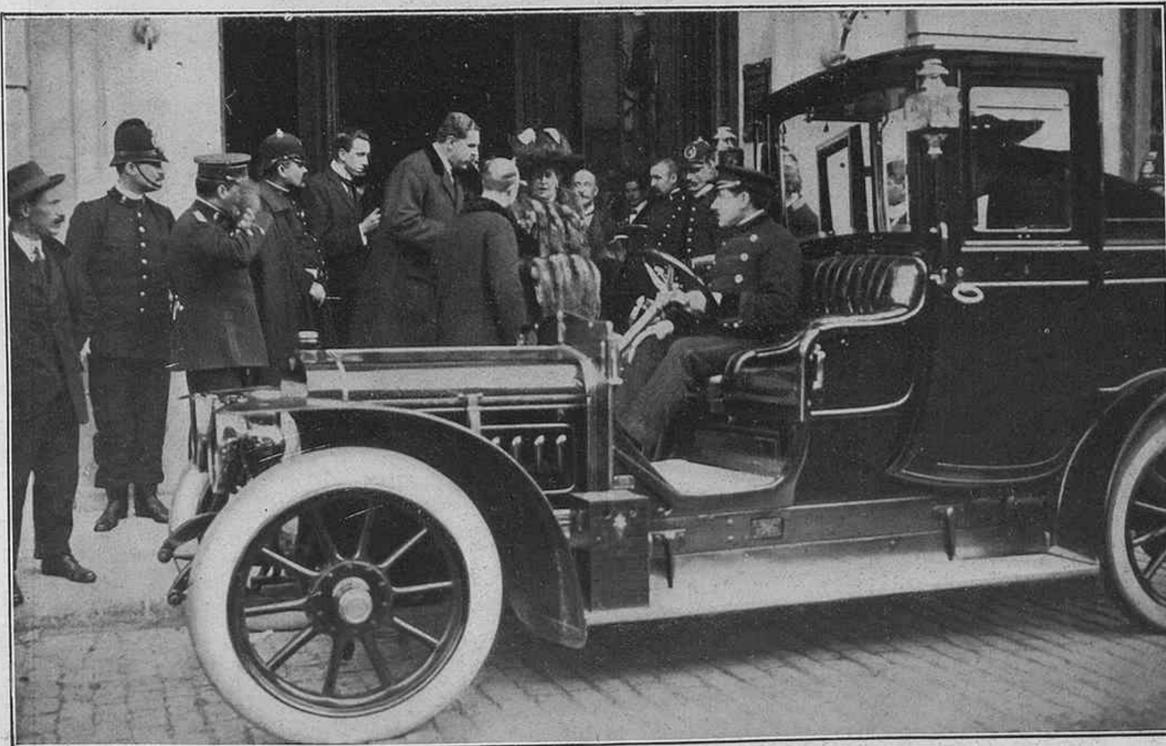
S. M. LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA Y SUS NIETOS. (Fotografías de Franzen.)

LA PRINCESA BEATRIZ DE BATTENBERG
EN BARCELONA

Procedente de Madrid y de paso para Inglaterra, ha permanecido dos días en nuestra ciudad la princesa Beatriz de Battenberg, madre de S. M. la reina Victoria de España. Llegó el 16 de este mes, por la mañana, descendiendo en el Apeadero del Paseo de Gracia, en donde le esperaban el gobernador civil Sr. Portela, el alcalde Sr. Sostres, el presidente de la Audiencia Sr. del Río, el fiscal de S. M. Sr. Rives, el diputado provincial Sr. Cabot, en representación del presidente de la Diputación, el concejal Sr. Garriga y Coll, algunos

Mr. Roberts y otras personas esperaban á la princesa en la Estación central, creyendo que allí se bajaría la augusta dama. Acompañada de la marquesa de Comillas y en el carruaje de ésta, al que precedía el del gobernador, dirigióse al Gran Hotel de las Cuatro Naciones, en donde se ha hospedado durante su estancia en esta capital. Después de almorzar, la princesa, en compañía de los marqueses de Comillas y del jefe superior de policía, dirigióse á la Catedral en cuya puerta principal fué recibida por el obispo Dr. Laguarda y el arcipreste. Visitó el coro, la cripta de Santa Eulalia, la capilla del Santo Cristo de Lepanto y la sacristía en donde admiró las joyas que allí se guardan haciendo grandes elogios especialmente de la Custodia. Seguidamente visitó el Ayuntamiento y la Diputa-

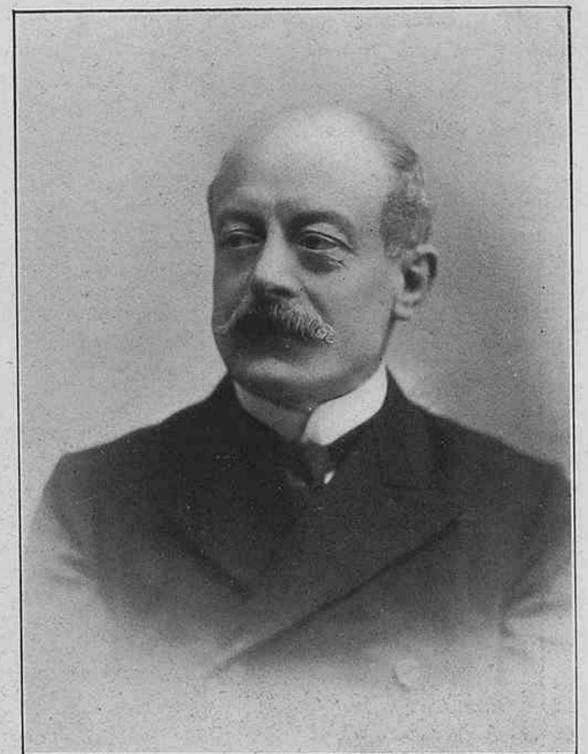
questa ejecutaba la Marcha Real española y el himno nacional inglés. Al terminar el segundo acto de *Il barbiere di Siviglia*, retiróse la princesa, siendo objeto también de una entusiasta ovación. Al día siguiente efectuó la expedición á Montserrat y por la



Barcelona.—Llegada de S. A. la princesa Beatriz de Battenberg al Hotel de las Cuatro Naciones (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

individuos del consulado inglés y de la colonia inglesa, los marqueses de Comillas y de Alella, el conde de Torroella de Montgrí y otras personalidades. El general Weyler, el delegado de Hacienda Sr. Eulate, el cónsul general de Inglaterra

ción Provincial y después efectuó una excursión al Tibidabo. Por la noche asistió al Gran Teatro del Liceo que presentaba el aspecto de las grandes solemnidades. Al presentarse S. A. en el palco fué aclamada por el público mientras la or-



Excmo. Sr. D. Joaquín Sostres actual alcalde de Barcelona. (De fotografía de Audouard)

noche, después del banquete que en honor suyo dieron los marqueses de Comillas concurrió á la fiesta que en su obsequio y cediendo á sus reiterados deseos, se había dispuesto en el «Palau de la Música Catalana.» La fiesta resultó brillante: la sala, completamente llena de las familias más distinguidas de nuestra sociedad ofrecía un aspecto deslumbrador, y el «Orfeó Catalá» interpretó con su habitual maestría composiciones de Mille, Marraco, Nicolau, Clavé, Saint-Saens, Hændel y Morera. El 17 por la mañana salió S. A. de Barcelona con dirección á París, siendo despedida en la estación por todas las autoridades y por gran número de personalidades distinguidas.



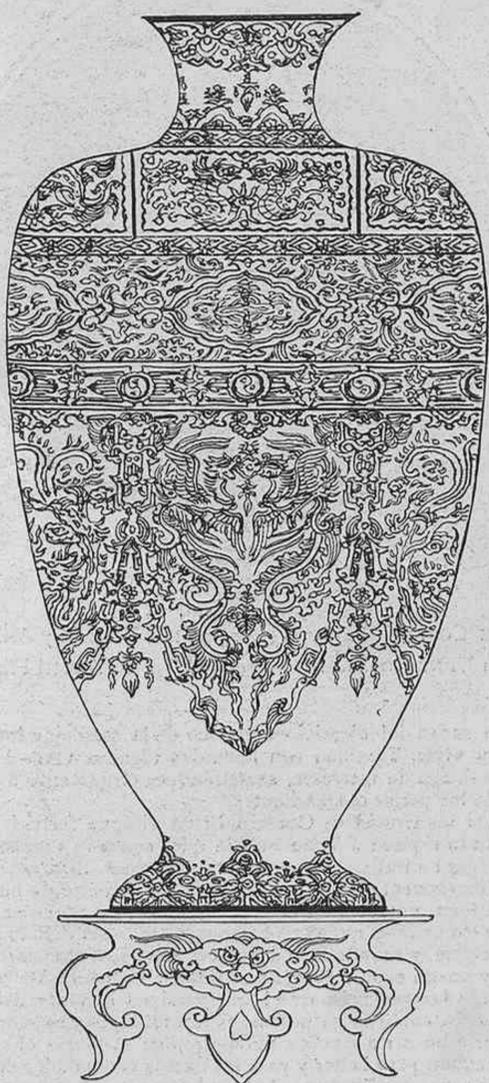
COSTUMBRES POPULARES DE VALLE SABBIA (ALTA LOMBARDÍA) — EL EXORCISMO DE LAS AGUAS, dibujo de Riccardo Pellegrini. (Véase página 70)



Labradora japonesa amamantando á su hijo,
escultura en bronce de Udagava Kazuo



Niño que aprende á tirar el arco,
escultura en bronce de Ezava Kingoro



Dibujo trazado sobre un fondo de
cobre para un jarrón esmaltado
con incrustaciones, obra de Ota Toshi-
ro, de Toshima.



Jarro esmaltado con incrustaciones



Dibujo trazado sobre un fondo de
cobre para un jarrón esmaltado
con incrustaciones, obra de Ota To-
shiro, de Toshima.



El abuelo, escultura en bronce de Ishida Eiichi

TITAYNA, DRAMA LÍRICO DE GUIMERÁ Y MORERA

Con éxito grande, franco, espontáneo, se ha estrenado en nuestro Gran Teatro del Liceo *Titayna*, drama lírico en dos cuadros, letra de Angel Guimerá y música del maestro Morera.

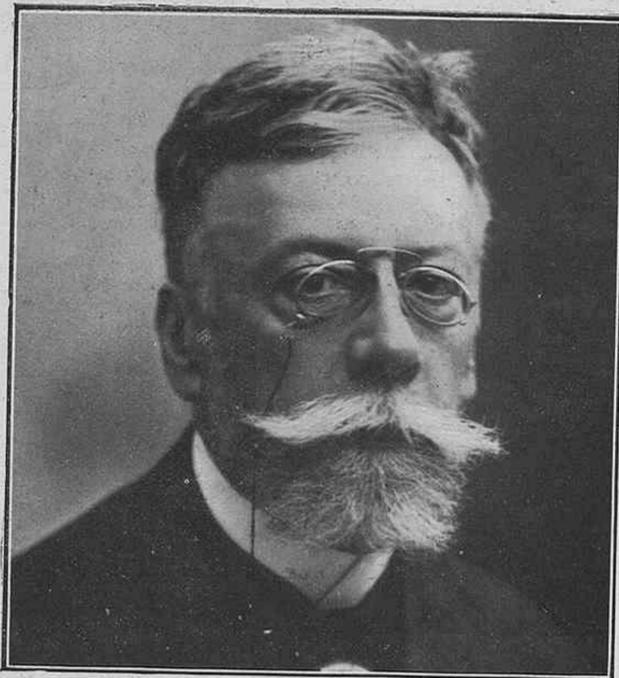
abra á él la puerta. Titayna se resiste á tal felonía, pero cede al fin ante las terribles amenazas de su opresor.

Cuadro segundo. — Titayna es acogida en casa de Eudaldo, pero al reconocer á éste, quiere huir para salvarle de los malos propósitos de Nyerris. El mozo, después de negarse á

El rito del «Exorcismo de las aguas» se celebra todos los años, en los primeros días de enero, en las magníficas Grutas de Cordero, situadas en Valle Sabbia, siendo los protagonistas de él los llamados *Stregoni* (brujos), hombres que viven solitarios en extrañísimas cuevas practicadas en las rocas y

TITAYNA, DRAMA LÍRICO EN DOS CUADROS, LETRA DE GUIMERÁ, MÚSICA DE MORERA,

ESTRENADO CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO DEL LICEO DE ESTA CIUDAD



Los autores y los principales intérpretes

LIVIA BERLENDI (*Titayna*) (fotografía de Varischi y Artico); el maestro ENRIQUE MORERA (fotografía de Areñas); BEATRIZ COSTA (*Hostelera*) (fotografía de Varischi y Artico); JOSÉ KRISMER (*Eudaldo*) (fotografía de Ermini); el poeta ANGEL GUIMERÁ (fotografía de A. y F. Fernández, dits Napoleón); ERNESTO BADINI (*Nyerris*) (fot. de Zuretti Fiorini)

El asunto desarrollado por el poeta es de un vigor dramático extraordinario, tanto más intenso cuanto que las cortas dimensiones del poema hacen que la acción se desenvuelva sin gradaciones y que las pasiones se manifiesten en toda la violencia propia de los personajes rudos que en aquella intervienen. Pero en medio de esta rudeza, hay también la nota verdaderamente sentimental representada por los amores de Titayna y Eudaldo, y hasta la nota cómica hábilmente dispuesta como pequeño incidente y constituida por el amor que hacia el joven Eudaldo siente la hostelera, mujer entrada en años.

El argumento es realmente interesante; helo aquí explicado en breves términos.

Cuadro primero. — En la posada de Pedrafoguera, las mozas disponen las mesas para la comida de las gentes que han acudido al mercado y se burlan de la hostelera, que á pesar de su edad ha puesto los ojos en el mozo Eudaldo, quien rechaza en tono de burla las proposiciones de boda que aquella le hace. Llegan los *payeses* y mientras están comiendo entra Titayna, ofreciéndoles sortijas que traen suerte; pero ellos, haciendo poco caso de la mercancía, la incitan á cantar y á bailar y tratan de emborracharla, á pesar de su resistencia, lo que impide la llegada de Eudaldo, que afea su proceder y que, movido por una piedad que tiene algo ya de amor, hace una colecta entre aquellas gentes, entregando el producto de la misma á Titayna. Ésta llora conmovida por aquella acción y predice á Eudaldo que será rico en amor. Los concurrentes á la posada van retirándose y quedan sólo unos pocos jugando, cuando entra Nyerris, el gitano que tiene bajo su yugo brutal á Titayna, y usando de malas artes despluma á todos los jugadores. Eudaldo, que ha descubierto las trampas de Nyerris, le invita á jugar y le gana, á su vez, todo cuanto tiene. El gitano, ansioso de venganza, exige de Titayna que aquella noche pida albergue en la casita que él le designará, sin decirle, empero, que es la de Eudaldo, y cuando el amo duerma le

ello, hace relatar á la gitana su vida y siente hacia la muchacha piedad y amor. En esto entra Nyerris, que pretende llevarse por fuerza á Titayna; Eudaldo se opone y entre los dos entáblase terrible lucha, á la que pone fin Titayna matando al gitano. «Quédate aquí,» dice Eudaldo á Titayna. «¿Para siempre?» pregunta ésta. «Para siempre,» contesta aquél.

Y así termina el drama. La música del ilustre maestro Morera se amolda admirablemente á las diferentes situaciones del poema. De carácter popular en las primeras escenas, va adquiriendo fuerza dramática á medida que la acción avanza, se eleva á gran altura en la segunda mitad del primer cuadro, especialmente en el dúo de Nyerris y Titayna, y en el segundo, en el gran dúo de Titayna y Eudaldo y en el terceto con que la obra concluye, la inspiración se desborda en acentos apasionados que subyugan. La instrumentación, ajustada á los cánones del drama lírico moderno, confirma una vez más el dominio que de la técnica musical tiene el maestro Morera.

En la interpretación distinguieron de un modo principal la soprano Sra. Berlendi (*Titayna*), la mezzosoprano señora Costa (*Hostelera*), el tenor Sr. Krismer (*Eudaldo*) y el barítono Sr. Badini (*Nyerris*). Los coros y la orquesta cumplieron como buenos y el maestro Mascheroni concertó y dirigió la obra con verdadero amor. Para todos hubo aplausos.

Morera y Guimerá fueron llamados á la escena repetidas veces, tributándose el público ovaciones entusiastas.

EL EXORCISMO DE LAS AGUAS

(Véase la lámina de la página 68)

Es ésta una de las pintorescas costumbres populares á cuya celebración concurren una inmensa multitud de gentes del pueblo y no pocos turistas de los que recorren la región italiana de la alta Lombardía.

que sacan del ejercicio empírico de la medicina los medios para vivir. También son llamados algunas veces á resolver cuestiones de intereses, sometiéndose ciegamente á su arbitraje las partes contendientes.

De las Grutas de Cordero brota el agua ferruginosa que lleva la riqueza á Valle Sabbia que, como su nombre indica (*sabbia* en italiano es arena), es aridísima. Esta agua, extraordinariamente buena y medicinal por la parte de hierro que contiene, aparece, en ocasiones, teñida de un color azulado que los análisis químicos han demostrado ser debido al verde de cobre, y cuando esto acontece, se vuelve sumamente tóxica y puede causar gravísimos daños. Entonces Valle Sabbia pierde las ganancias que le proporciona la venta del agua y además, como su naturaleza es tan árida, sus habitantes han de ir á buscar á muchos kilómetros de distancia el agua que necesitan para beber y para las demás necesidades de la vida y que, por consiguiente, les resulta muy cara.

Esto dió origen al rito del exorcismo, que practica el jefe de los *Stregoni* pronunciando misteriosos conjuros en una lengua especial de su raza. Innumerables gentes, hombres, mujeres y niños acuden á la gruta llevando las jarras características que, apenas pronunciados los conjuros, se apresuran á llenar en el sitio en donde el agua brota.

El agua así obtenida es llevada inmediatamente al pueblo, en donde se vende á buen precio, especialmente para los enfermos.

Sucede, sin embargo, á veces que, á pesar de los exorcismos, el agua se tiñe del color temido y fatal; entonces los *Stregoni* huyen de sus cuevas y se refugian en el bosque. Y hacen bien, porque el pueblo es severo y no perdona á los brujos el fracaso de sus conjuros, y sería capaz de lincharlos si cayesen en sus manos.

Tal es el asunto que con tanta habilidad y de un modo tan vigoroso é impresionante ha reproducido en su bellísimo dibujo el notable artista italiano Ricardo Pellegri.

LA NOVELA DE UNA CREYENTE

ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETTE. — ILUSTRACIONES DE FRANCISCO SARDÁ. (CONTINUACIÓN.)



—Tengo un buen marido y una hija, padre mío, balbuceé

—¡Se acabó!, no hay ya esperanza alguna de atraerle, murmuré.

—¡Calle, calle!, replicó él en el tono compasivo que me consolaba siempre. No lleve usted las cosas al extremo. La situación más tirante puede modificarse.

—Usted debe hablarme así, pero usted no cree nada de lo que dice, contesté con desesperación. De algún tiempo á esta parte, la idea de una separación ocupa mi espíritu; pero, á causa de mi padre, es imposible ¿verdad?

—Y si no tuviese á su padre, me diría: A causa de mi hija, es imposible. Y si no tuviese á su hija, retrocedería aún hasta el último momento ante la campanada de una separación. ¡Conozco bien su naturaleza delicada, mi pobre sensitiva.

¡Es verdad!, al menos él me conoce y me aprecia. Es indecible cuán preciosa me es la simpatía de ese hombre lleno de corazón y de inteligencia.

Muchas veces, he oído á Luis burlarse de Marién, criticar, como una grave falta de educación, la hechura de sus trajes y el olvido de usos mundanos puramente convencionales. ¡Cosa extraña la de abandonar tan completamente sobre ese terreno la pieza por la sombra!

Me levanté bruscamente y marché á grandes pasos apretando mis manos con angustia. No contesté nada á las palabras que él me dirigía, y Dios sabe, sin embargo, que yo las agradecía infinito, que caían sobre mi corazón lastimado y desesperado como las gotas de un bálsamo refrescante.

—Su amistad me sostiene, dije al fin con emoción, pero hoy estoy fuera de mí, no puedo hablar razonablemente. Necesito á mi hija para calmarme. ¿Quiere usted decir á Fina que me la traiga?

Salió inmediatamente, después de haber llevado á sus labios mi mano entumecida.

Un instante después, la Fina, temblando de cólera y de emoción, entró en el salón con Gilberta dormida en sus brazos. La vista de aquella carita adorada y apacible calmó en parte mi agitación. La coloqué en una butaca, delante de mí, y permanecí largo tiempo silenciosa en esa especie de embotamiento que sigue á las violentas emociones.

—¡Pobre viejecita mía!, dije, ¿dónde están las esperanzas que precedieron al nacimiento de mi hija? Ella trató de hablar, pero las palabras se ahogaron al paso, y recaímos en nuestro silencio.

—¿Qué va á ser de mí?, repuse. Ya no hay que esperar; bien lo ves ahora.

—Hija mía, contestó la vieja, no hay nada tan de testable como el desaliento.

—¡No perder el ánimo..., es fácil de decir!, repliqué con irritación.

Su arrugado rostro adquirió una expresión muy seria, y me dijo en tono de convicción:

—Oiga, tesoro mío, yo no soy devota, pero tengo mucho amor á Dios.

—Lo sé, dije bajando la cabeza bajo un soplo que me pareció aumentar todavía mi tristeza.

—He conocido á muchas mujeres desgraciadas á quienes eso consolaba de...

Interrumpióse ante un gesto de impaciencia que no pude reprimir: sabía lo que iba á decirme.

«No soy devota, pero tengo mucho amor á Dios...»

Esta frase, resumen muy sencillo de toda su teología, era una llamada á mis sentimientos religiosos olvidados bajo la novedad de una vida que me había desconcertado completamente. Me produjo el efecto de una sentencia de muerte. Yo declaraba haber perdido toda esperanza, pero quería que la hicieran renacer, quería que me hablasen de esperanzas humanas, y no de una resignación y de un amor superiores que eran á mis ojos la confirmación de su pérdida.

—¡Oh, Fina, Fina, dije llorando, entonces se acabó! ¿Crees que ya nada puedo esperar?

—No quiero decir eso, tesoro mío, pero yo le aseguro que el pensar en Dios me ha ayudado mucho en la vida.

No contesté y tomé en brazos a mi hija que despertaba. Su purísima mirada sonreía a mis lágrimas como a la alegría, pero no habían de tardar en alcanzarle las tristezas, y pensé de pronto con más claridad en el apoyo moral que un día había de encontrar en mí, y dirigíme hacia la corriente a la cual Fina quería arrastrarme.

—Sé que tienes razón, dije pensativamente, necesitaría ser fuerte, pero soy voluble, inconsecuente con mis ideas...

—Es propio de su edad, tesoro mío, contestó Fina con ternura.

—Pues bien, probaré de hacer como tú, dije sollozando. Probaré de obtener calma y valor apoyándome en mis creencias que han de ser las de mi hija, para que a su vez no se desespere ante el sufrimiento.

Me levanté llena de energía, pero súbitamente, con mi lógica habitual, exclamé en un arranque de pena apasionada:

—No vuelvas a hablarme de esas cosas, no me hables de resignarme, porque no quiero creer que todo esté perdido. ¡Mi pobre Fina!, desde mi matrimonio, lo que pido en mis oraciones no es el valor, no es la resignación, es mi felicidad, ¡mi querida felicidad!, que huyó y que quiero volver a alcanzar.

Algunos días después, yo había salido precipitadamente al parque a fin de descansar mediante algunas horas de soledad de una escena violenta tenida sin motivo alguno.

Anduve largo tiempo bajo el imperio de las más extrañas impresiones. Me parecía que todos los objetos que me rodeaban iban a separarse de mí, y que, antes de partir, me miraban con simpática piedad. Quizá era una parte de mí misma, la juventud y la esperanza, que se preparaban a emigrar para ceder el puesto a una certidumbre austera. Presa del dolor que causan las partidas, yo me decía que mi cabeza no estaba, sin embargo, mal equilibrada ni era romántica.

Sentéme pensativa en un tronco de árbol, procurando serenarme, mirar de frente y con sangre fría la vida a que me veía condenada.

¡Fué el exceso mismo de mi pena; fué una reconcentración sobre mí misma al recuerdo de las sencillas palabras de Fina; fué la divina tranquilidad de aquella naturaleza que yo tanto amaba; fué todo esto lo que me puso en presencia de la fuente pura, límpida, en la que yo encontraba, antes de casarme, mis impresiones y mis ideas elevadas? Pero por primera vez, desde hacía mucho tiempo, pensé yo en Dios para decirme que debería ser de una manera más directa el hilo conductor de mi vida. Por primera vez, consideré, sin dar gritos de desesperación y rebeldía, la posibilidad de una vida sin felicidad legítima y la necesidad de encontrar en una idea elevada el valor de soportar la inmensa decepción.

¡Llama singular la que se escapó de mis facultades para subir! Llama ó pensamiento, va a un principio superior, agita el corazón con una emoción suave y viva a la vez, da nuevo temple a la energía, transporta con un movimiento irresistible hacia las ideas generosas, da valentía, vive por cima del mundo aparente y, a pesar de la gallarda marcha que hace emprender a la inteligencia, sigue pura de orgullo y de vanidad.

Un instante después, yo había recaído en mis ideas borrascosas, que desaparecieron igualmente para dejarme en el sueño de un amor correspondido, en esa felicidad llena de seducción a la cual yo no podía renunciar, y cuya menor partícula, a mi ver, me hubiera conducido más seguramente a Dios que las amargas realidades de mi vida.

En medio de mis contradicciones, me levanté para volver por mis mismos pasos. Al acercarme a casa reconocí con sorpresa, sobre el casquijo de las alamedas, el ruido de cierto *briska* dislocado y los discursos afectuosos que el cochero dirigía a su caballo para hacerle conservar una marcha que se pareciese vagamente al trote. Hacía muchos meses que el viejo carruaje no había venido a Roche-Plate, y apreté el paso con la idea de que mi padre, que el día anterior me había parecido menos abatido, más animado, venía a darme una sorpresa.

Al llegar cerca de la quinta, vi al Sr. de Merán que se agitaba presuroso delante de varios criados. Al verme, se adelantó vivamente hacia mí y me cogió ambas manos con tales muestras de emoción que no tuvo necesidad de hablar para enterarme de lo que ocurría.

—¿Muerto?, murmuré.

—No..., pero muy grave; vente en seguida.

En el trayecto, me dijo que mi padre había tenido un síncope prolongado, que había recobrado plenamente el conocimiento, pero que, dentro de algunas horas, las últimas raíces del viejo roble se romperían.

Cuando entré desolada en su cuarto, le encontré en su butaca, cerca de la ventana abierta. Pienso que quería dar una postrer mirada a los grandes árboles y al viejo jardín enmarañado. Tenía el rostro tranquilo, pero con una fugitiva expresión perturbadora, indefinible, sobre la cual ni aun mi inexperiencia podía engañarme.

¡Con qué alegría me vió entrar! ¡Resistí al movimiento que me impulsaba a gritarle que no me dejase, él, mi única afición, él, el padre, el amigo que había rodeado mi infancia y mi juventud de una ternura tan profunda!

Guardamos silencio largo rato; él temía enternecerse, y yo, en medio de mis lágrimas, no podía hablar.

Al fin me dijo, con su afectuosa mirada fija en mí: —Hija mía, tu anciano padre parte muy inquieto; creo que hay muchas sombras en tu vida.

—Hay una muy sombría en este momento, dije dejando estallar mi dolor. ¡Oh, padre!, ¿es cierto?

—Sí, queridísima hija mía; ten calma, no llores. Sabías muy bien que yo había llegado al término de mi ruta.

—¡Sí, pero no quería creerlo!, exclamé. Después de respetar silenciosamente mi dolor durante un momento, repuso con tristeza:

—El vaso está tan lleno que rebosa con violencia. ¡Qué aire tan triste y abatido te encuentro de algún tiempo a esta parte, Genoveva! Pero eres de las que no dicen nada.

Con frecuencia había tenido que hacer yo un gran esfuerzo para no dar expansión, en su presencia, a mi corazón oprimido, y resultaba que las últimas horas a las cuales yo había querido dejar una paz completa eran turbadas por una angustiosa inquietud.

Yo contemplaba, profundamente afligida, el viejo pastel, que nunca me había parecido más poético. El sol tendía sus últimos rayos por entre las sombras prolongadas y los macizos llenos de plantas comunes. Innumerables malvas róseas alzaban por todas partes sus pesados troncos cubiertos hasta la extremidad de flores de variados matices. Mi padre, que tenía por ellas una verdadera pasión, había dejado que se reprodujeran indefinidamente al azar. En su loca fantasía, lo habían invadido todo. ¿A qué tanta vida en torno mío, si no podía rejuvenecer la vieja existencia tan preciosa para mí?

Transcurrieron dos horas. Había venido el cura, y mi padre había cumplido con sencillez los últimos actos religiosos de una vida llena de rectitud, y, a ruegos suyos, volvíamos a estar solos.

Desde la ventana, yo veía los viejos criados reunidos en el jardín, hablando bajo, con aire de consternación. Merán se paseaba nerviosamente por una calle de árboles; de vez en cuando nos dirigía una mirada y, con un gesto brusco, se pasaba la mano por los ojos. En el cuarto inmediato, yo oía el cuchicheo de Fina y de la señora Sevelina, que cambiaban sus impresiones. Mi padre, con los ojos cerrados, respiraba con más dificultad.

—¡Todo está muy tranquilo, Genoveva!, me dijo abriéndolos de pronto y atrayéndome a sí. ¡Si yo estuviese convencido de que lo mismo pasa en tu vida!

—Tengo un buen marido y una hija, padre mío, balbuceé.

—Tu hija..., sí..., murmuró él.

Y envió una imperceptible sonrisa a aquella última alegría de su vejez.

—Creo, de todas maneras, repuso con voz más débil, que mi querida hija tiene la energía propia de las mujeres animosas..., si su apoyo natural le faltase un día.

—No pase usted cuidado, dije, inclinada sobre él; el apoyo no me faltará.

Tenía la cabeza apoyada en mi brazo y estrechaba mi otra mano en las suyas. Yo no había visto morir a nadie, y nunca hubiera creído en una muerte tan tranquila y serena. Las emanaciones perfumadas que, por la tarde, se escapan más vivas de la tierra y de las plantas, llegaban hasta nosotros; no había más que una claridad débil como la vida que desaparecía de la mirada fija en mí.

Un silencio profundo, absoluto; luego, con el ruido de un pájaro espantado, las viejas cortinas temblaron un instante, agitadas por un viento fresco que pasó por el cuarto silencioso, llevándose el último aliento que yo espiaba.

VI

Dos días después, sigo con la vista el triste cortejo que se aleja entre las flores que mi padre amó

tanto, para desaparecer pronto detrás de los bosquecillos de rosales floridos.

Los árboles, el cielo, las malvas róseas, no me parecen ya las mismas, y en la turbación de las facultades, en medio de tal quebranto, yo existo sin darme cuenta de la vida cuyas leyes me parecen trastornadas.

Sin embargo, las flores se deshojarán para renacer más frescas, los árboles se despojarán para revestirse de nuevo, y mi dolor, en la evolución del tiempo, perderá su aspereza. Pero entonces, me entrego enteramente a mi desolación; quisiera permanecer siempre sola en esta habitación silenciosa a fin de pensar indefinidamente en el afecto perdido.

Pero la casa no tarda en llenarse de ruido; mi esposo viene a buscarme para conducirme a Roche-Plate, y con un esfuerzo horriblemente penoso, vuelvo a entrar en la vida ordinaria.

Al sentarme a la mesa para comer, casi me irrito ante las necesidades materiales cuya preocupación, en semejante momento, me parece, no obstante, una ofensa a aquel para quien los actos humanos son ya indiferentes.

Mi padre había escrito un testamento que no encontramos hasta algunos días después de su muerte. Hacía legados a sus viejos servidores, dejaba una renta vitalicia a la Fina y su finca a Gilberta, «para que su nieta conociese aquel rincón de tierra en que yo había nacido y en que él había vivido feliz.»

Estas disposiciones fueron objeto de acerbas protestas de parte de Luis, quien, hasta la apertura del testamento, se había portado con decencia, aunque no había abandonado su frialdad durante las horas crueles que yo acababa de pasar.

—Su padre de usted no tenía necesidad de hacer testamento, puesto que era usted su heredera natural, me dijo en tono seco. No me explico sus últimas disposiciones.

—Son fáciles de comprender, sin embargo, contesté.

Y con los ojos llenos de lágrimas, miré delante de mí, absorbida por mi pena y por la idea de que, dando su finca a Gilberta, la única preocupación de mi padre había sido conservármela.

—El Sr. Amoire no se hallaba en situación de hacer generosidades, repuso Luis. Como parte de sus rentas se extinguen con él, lo que deja es muy poca cosa.

—Usted lo sabía, y estas recriminaciones son incomprensibles, contesté. Es muy natural que piense en sus viejos servidores y sobre todo en Fina.

—Hasta cierto punto, comprendo este último legado, contestó Luis, a cuyos ojos la Fina había encontrado siempre benevolencia. Pero no me explico que nos imponga la carga de la casa, cuando lo mejor hubiera sido venderla.

—Representa para nosotros un valor muy insignificante, contesté. Dios sabe que nuestra fortuna nos permitiría conservarla, aun cuando mi padre no hubiese manifestado su voluntad.

—¿Nuestra fortuna?, hizo observar Luis. ¡Diga usted la mía!

—No es la primera vez que me dice usted eso, repliqué indignada. Pero podría elegir otro momento para repetirlo.

Salí vivamente y fuí a sentarme en el parque. Ciertos pensamientos que ya no se apartaban de mí calmaron mi irritación, y es sabido que un gran sentimiento, dolor ó alegría, absorbe los demás sentimientos.

Ciertamente mi padre se había llevado algo de mí misma. Quizá era que la fe invencible de mi juventud en la vida se había sepultado definitivamente en aquella primera tumba; quizá, sobre todo, hay en una muerte serena una fuerza oculta que da nueva elasticidad al resorte que hace a las mujeres animosas. Con sus últimas palabras, mi padre me había legado su último consejo, poniendo en fermentación lo mejor de mí misma.

Había yo visto caer mis esperanzas una tras otra, las había visto remolinar ante mis ojos asombrados y confundidos, y desaparecer al fin, arrebatadas por el soplo de la experiencia, como aquellas flores que el viento tronchaba el día antes y se llevaba lejos. Pero ahora era con la animosa idea de dominar la situación que yo la miraba de frente sin paliar su amargura con vanas ilusiones. Veía claramente que me hallaba en presencia del deber y de la lucha, no de la lucha contra las circunstancias exteriores, que nadie podía modificar, sino contra mí misma. Y pensando en mis convicciones cristianas, tomé la resolución de dominar mi debilidad, de no ir ya más a merced de la desesperación y del desaliento. Sin desfallecimientos, veía el camino muy áspero, diciéndome que era necesario obrar como esos millares de mujeres a quienes las circunstancias han engañado

y que se esfuerzan, bajo formas diversas, por penetrar en una vida moral superior.

La energía latente de mi naturaleza había dispersado; yo dejaba que mi espíritu volase hacia las elevadas regiones del bien, creyendo cándidamente, en el impulso juvenil de mi pensamiento, que mi voluntad sería siempre fuerte.

En el momento en que, sumida en una viril meditación, yo me fortalecía contra las sacudidas futuras, la Fina, á quien había mandado á llamar, se me acercó. No la había visto á solas desde la muerte de mi padre. La vieja se limitó á decirme con emoción:

—¡Cuando pienso, pobre hija mía, que tan joven ha tenido usted ya tantas penas!

Era la voz del corazón que iba en derechura á su fin, la expresión simple de la compasión inteligente que tanto consuela al alma oprimida.

—Ya no tengo á nadie que me quiera sino tú, mi vieja Fina, dije con un sollozo.

—Y su hija que crecerá, tesoro mío.

—Sí, es la alegría del presente y la alegría del porvenir, dije con ardor.

Y la puse al corriente de las disposiciones de mi padre.

—Pensó en ti y te ha dejado una pequeña renta de 400 francos.

—¡Bah!, ¿piensa usted que voy á aceptarla?, exclamó Fina en tono vehemente. ¿Se había vuelto loco, el buen señor?

—Estaba segura de que ibas á poner dificultades á una cosa tan sencilla, dije impacientándome.

—¿No tengo yo brazos para trabajar? ¿Le pido nada á nadie?

—Tus brazos..., no los tendrás siempre. Mi padre, que te quería, pensó en ello, y, además, quería simplemente probarte su afecto. Es la cláusula de un testamento perfectamente legal, y hay que respetarla. Bien sabes que hay que someterse á la voluntad de los que mueren.

Entonces Fina se echó á llorar de gratitud.

—Yo sé que se puede renunciar; además, no quiero ser causa de dificultades entre usted y el gruñón de su marido.

—Te equivocas; Luis me ha dicho que comprendía muy bien este legado. ¡Y yo estoy tan contenta de que mi padre haya tenido esa idea, mi querida Fina! Eres prodigiosamente terca, y nunca hubieras querido aceptar nada de mi afecto el día que ya no puedas trabajar.

—El buen corazón es hereditario en su familia, reina mía, contestó la vieja, que en adelante añadió á su adoración por mí un agradecimiento increíble.

Tres semanas después, volvía yo de misa, cuando, al entrar en casa, encontré á Luis que, habiéndose levantado temprano por casualidad y preguntado adónde había ido yo, me esperaba para reconvenirme.

—¡Y bien!, ¿es que le ha dado á usted ahora la manía de ir á la iglesia todas las mañanas?

—Sólo voy de vez en cuando, cosa que no molesta á nadie.

—¡Singular manera de comprender la obligación!, dejar su casa para ir á la iglesia... Haría usted mejor en quedarse al lado de su hija.

—Duerme todavía á la hora en que vuelvo, contesté sencillamente.

—¿A qué obedece esa edificante devoción?, preguntó con ironía.

—¡Oh!, esto es cuenta mía, contesté probando de sonreír.

Era el último ser humano á quien yo hubiera querido confiar el buen fervor de mis pensamientos.

—Detesto á las mujeres de sacristía.

—Yo también, repliqué tranquilamente.

Durante algunos segundos, me miró con aire de burla.

—Sé lo que usted piensa. Se imagina ¿no es verdad, dijo exaltándose de pronto, que soy incapaz de comprenderla? Sin embargo, en cuatro palabras voy á explicarle su estado de alma, como diría un casuista. Se cree usted perseguida, una mártir, y va á probar un poco la vía de los perfectos para distraerse.

—Pierda usted cuidado, contesté encendida en cólera, la perfección que busco consiste simplemente en el valor de soportarle á usted.

—¡Donosa respuesta! Se emancipa usted mucho de algún tiempo á esta parte. ¿Es que su padre era devoto, Genoveva?

—No; pero comprendía lo que no practicaba y tenía al menos el tacto de respetar las ideas ajenas, contesté con vivacidad.

—¡Oh, oh!, es indudable que aun dista usted mucho de ser perfecta, señora mía.

—Es más que probable que así será siempre, repliqué.

Luis se paseó algún tiempo, malhumorado, y cambió de conversación.

—¡Qué á propósito llega este luto! Yo que quería pasar todo el invierno en París y recibir un poco... Espero al menos que no guardará usted los crespones más tiempo que el necesario. ¡Sé que es usted tan propensa á un sentimiento exagerado que me permito hablarle á usted de ello, aun á riesgo de parecer más abominable á sus ojos, porque con usted no se puede pensar en voz alta!

—¡Tranquícese usted!, no exageraré nada, contesté con el corazón oprimido.

Aquella misma tarde, apelaba yo en vano á la lectura para no caer bajo el peso de mis ideas, cuando anunciaron al Sr. Marién, que una ausencia de algunas semanas había alejado de Roche-Plate durante los días de prueba. Adelantóse vivamente y me estrechó la mano con un aire tan compasivo, tan bueno, que se me saltaron las lágrimas.

—¡Comprendo lo que usted sufre, porque sé con cuánta intensidad sientel, me dijo con una emoción que me conmovió hasta lo más profundo de mi ser. La seguía á usted con el pensamiento en estos días de tristeza.

—¡Oh, ya lo sé!, y hubiera querido tenerle á mi lado.

—Su padre era uno de los hombres más simpáticos que he conocido, me dijo afectuosamente. Y la casa á que tenía usted tanto apego, la conserva ¿verdad?

—Mi padre la ha dejado á Gilberta.

—Me alegro de saber que podrá usted continuar yendo á ella. No he visto nada más original que esa pequeña finca. ¿Pero usted no la dejará abandonada?

—El Sr. de Merán se instala en ella. Ha propuesto alquilarla, de lo cual me alegro, porque la dejará tal como se encuentra; y además porque Luis no estaba muy con...

Me interrumpí bruscamente poniéndome colorada, y Marién, comprendiendo que había alguna nueva herida, cambió de conversación.

—¿No me vió usted esta mañana? Pero yo la vi á usted cuando salía de la iglesia. Tenía usted un airecillo grave y resuelto que me sorprendió.

—Me gusta mucho la misa matutina en esa iglesia tan tranquila, contesté evasivamente.

Él me miró largamente con un aire penetrante que me desconcertó.

—¿Sabe usted, me dijo emocionado, cuál debiera ser su divisa?

—¿Cuál?

—Se la fabriqué esta mañana con una vieja expresión que tomo en serio y no en su sentido irónico. Es ésta: «¡Valentía, y adelante!» Puede usted ponerla al frente de sus pensamientos; estoy seguro de que les cuadra perfectamente.

Le tendí vivamente la mano sin contestarle. Nada puede expresar la impresión de calma, de dilatación íntima que yo experimenté. Su simpatía inteligente me había levantado y fortalecido de pronto. Así comprendida, apreciada, no era ya un pobre ser que languidece á pesar de sus esfuerzos, sino un corazón reanimado y valeroso.

Desde aquel día, nuestra intimidad, ya demasiado grande, fué más real, más seria. Sin embargo, por una razón que yo no me explicaba, venía con menos frecuencia á Roche Plate, pero la compenetración espiritual era completa; él entraba en mis pensamientos sin que yo los expresase; yo era infinitamente menos desgraciada y no pensaba un instante en el peligro de aquellas relaciones cuya extrema dulzura hubiera hecho ver claro á una mujer menos joven y menos experimentada que yo.

Una mañana, acabábamos de almorzar cuando trajeron un telegrama. Leyéndolo, Luis se puso lívido; se pasó dos ó tres veces la mano por la frente, diciendo entre dientes:

—¡Libre! ¡Es libre!

Levantóse bruscamente, dió orden de enganchar, y me echó tal mirada que me quedé como un pobre pajarito fascinado, aterrado.

—Le Seine ha muerto, me dijo brevemente, Alina me necesita y parto en seguida.

Cuando hubo salido del comedor, me precipité sobre el telegrama; leí y releí las palabras que rompían el último hilo que me unía á no sé qué vaga esperanza. ¡Libre... ella era libre! Y yo, su mujer legítima, la madre de su hija, era de hoy más la cadena que él no podía romper, el infranqueable obstáculo á la realización de un ardiente deseo.

Durante las tres semanas que duró aquella primera ausencia, viví en una turbación espantosa, negándome á recibir hasta á la vieja Fina.

Al cabo de quince días, impacientada, forzó la consigna y me hizo todas las observaciones que su gran afecto por mí le inspiraba.

—Pone usted una cara que da lástima, hija mía; ¿tiene usted derecho á ponerse enferma á fuerza de atormentarse?

—¿Qué va á pasar, Fina?, exclamé. ¡Si hubieses visto la mirada que me echó al saber que ella era libre!

—A ver, á ver, reina mía, usted se exalta. Yo no veo bien en qué han cambiado las cosas para usted.

—¡Si han cambiado!, dije marchando con agitación. ¿No comprendes que ya no voy á ser á sus ojos más que el obstáculo aborrecido que le impedirá casarse con ella? ¿No me quedaba la esperanza de una avenencia? ¡Oh!, ya sé lo que piensas..., era absurdo, lo sé; pero sé también, á juzgar por lo que sufro que, á pesar de todo, aquella esperanza existía. ¿No llegaré pues á revestirme de un poco de calma en presencia de un hecho en el que no puedo pensar á sangre fría? ¿Por qué la ama, vamos á ver? No se comprende.

—¿Todavía está usted en ésas, pobre hija mía? Usted retrocede. En cuanto á comprender á los hombres, es imposible, y lo mismo pasa con las mujeres, añadió Fina sentenciosamente. Sin embargo, desde hacía algún tiempo, estaba usted más tranquila.

—Hacia los mayores esfuerzos para infundirme valor. Sentía, como tú, «la ayuda de Dios.» ¿Por qué soy en presencia de la tormenta como una barca desamparada?

—Eso es lo malo, tesoro mío; un barco no debe ir como un imbécil sin sesos.

—Tenía demasiada confianza en mí misma; es una lección.

—Sí..., algo de eso hay quizá; pero sobre todo no debió usted encerrarse sola con sus ideas.

—Este es el momento, dije hablándome á mí misma, de poner en práctica la divisa que el Sr. Marién me dió: «¡Valentía y adelante!»

Al nombre del Sr. Marién, Fina murmuró palabras que no oí, é hizo una mueca que me dió qué pensar; pero no dijo nada.

—Cuando vuelva su marido, voy á ver si le hago entrar en razón.

—¡No hagas tal cosa!, exclamé con terror. Te echará en seguida de aquí.

—Yo sé bien lo que diré, contestó Fina, á quien nadie hubiera podido hacer desistir de una idea por ella adoptada.

Cuando volvió Luis, comprendí que la realidad superaba á mis temores. Que decididamente me odiase, el hecho no me sorprendía; pero su propia hija había perdido su influencia sobre él. La niña no era ya á sus ojos más que un lazo entre él y yo, cuya presencia le era molesta, aunque en el fondo seguía queriéndola. Pero enteramente dominado por su pasión, cobraba odio hasta á los objetos materiales.

Creo que la señora Le Seine quería salvar las apariencias alejándole de ella por algún tiempo, pero él tascaba el freno, y yo tenía un miedo mortal ante los accesos de rabia que el menor pretexto motivaba, pues sin cesar se ponía fuera de sí mismo al verme, ¡porque yo era el obstáculo que él hubiera visto desaparecer con una alegría tan grande!

¡Pobre obstáculo!, él también se sentía trastornado, buscando con mano desfalleciente el timón que se le escapaba, y, transido de espanto, no sabiendo ya bordear por entre los escollos.

Poco tiempo después del regreso de mi marido, Fina puso su desdichado proyecto en ejecución.

Vino á encontrar á Luis que fumaba en un saloncito, inmediato á la estancia en que yo, indispueta, me había tendido en un sofá.

—Mi querido señor, le dije, ¿me permite usted que le hable un momento?

—¿Por qué no, Fina?, contestó él en seguida, pues, por una contradicción singular, tenía mucha simpatía por ella.

—Pues bien, dijo la Fina alentada, quizá vamos á entendernos. ¡Mi querido señor, es preciso que tenga trastornado el juicio para no amar á su mujer! Pero en fin, siempre he visto que los hombres no se parecen á nada bueno, y quizá ellos no se tengan toda la culpa. ¡Pero al menos podría usted ser bueno con ella que le amaba tanto y que no amaba más que á usted!

—¿En qué se entromete usted, Fina?, exclamó Luis.

—¡En lo que me importa, vaya!, contestó ella con energía. Es sola y no sabe á qué santo encomendarse. ¡Es la depositaria de todo mi cariño; antes de ella, yo quería á su madre con todo mi corazón, y cree usted que lo que la concierne no me importa! ¡Vaya, hay que tener sentido común!

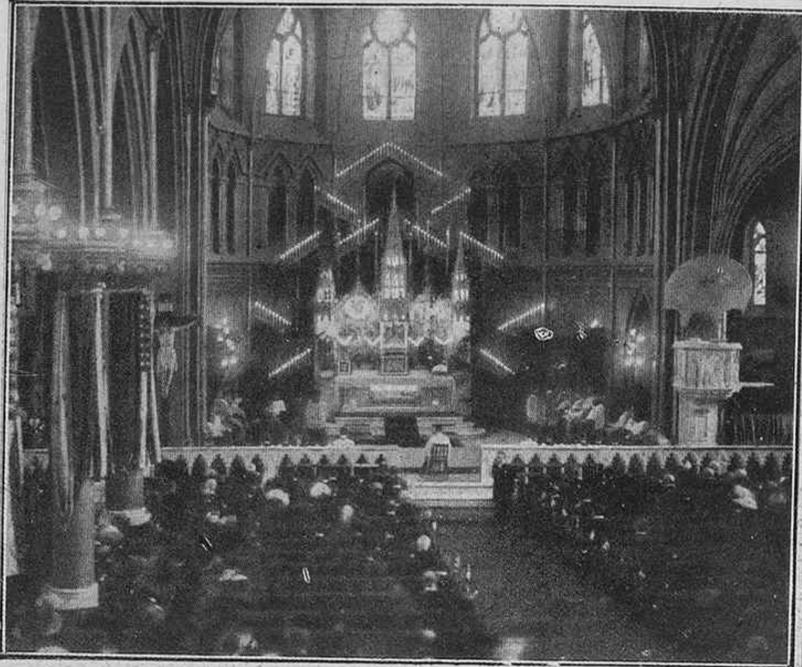
—¿Acabó usted buena mujer?, preguntó Luis irónicamente.

—¡Buena mujer!, repliqué Fina con indignación. Una buena mujer que tiene doble edad más que usted, señor mío, y que puede muy bien decir lo que piensa á un joven como usted.

(Se continuará.)

NOTAS DE LA AMÉRICA DEL NORTE

LA MISA PANAMERICANA. — LA SALVACIÓN DE LOS CIDROS



Washington — El Día de Acción de Gracias Panamericano. Interior de la iglesia de San Patricio, en donde se celebró la misa panamericana.

La Misa Panamericana, celebrada el Día de Acción de Gracias (Thanksgiving Day), ha llegado á ser una institución establecida en la capital de los Estados Unidos. Esta solemne

ceremonia, habiéndose tenido en cuenta especialmente el espíritu de que se halla compenetrado el pueblo americano ese histórico día de fiesta.

Su Eminencia el cardenal Gibbons el Día de Acción de Gracias Panamericano.



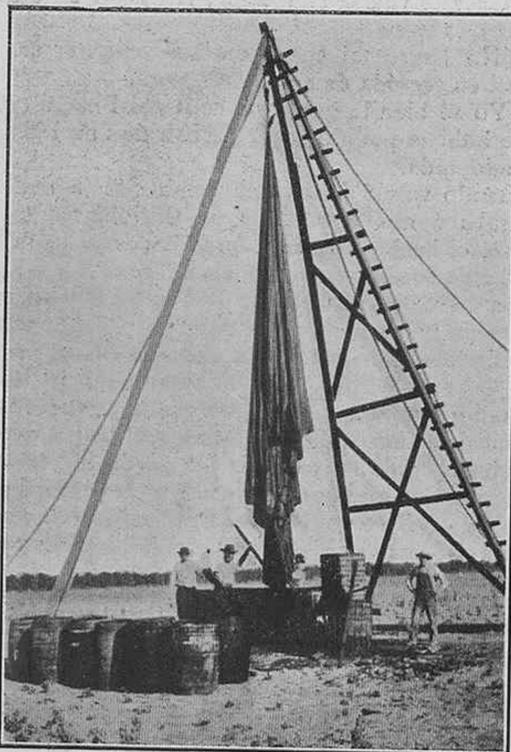
Occidental, pronunció el sermón. La ceremonia se terminó á la una en punto, y los concurrentes salieron del templo precedidos del presidente y de otros convidados, mientras la orquesta tocaba el Himno Panamericano, compuesto de los temas principales de los himnos nacionales de las Repúblicas americanas.

Lo que muchas personas al principio consideraron una broma, ahora ha resultado ser la salvación de la industria de la cidra en California. La idea de vestir los cidros y administrarles una dosis de medicina era bastante absurda, pero lo que parecía un absurdo está ahora salvando millones de pesos anuales á los que cultivan dicho árbol en aquella fértil región. Se calcula que en la próxima estación se fumigarán 3.250.000 árboles por este método, que consiste en cubrir cada árbol con un tendal y administrarle gas hidrocianico para matar los insectos pestíferos.

Estas tiendas ó tendales se construyen de un género hecho expresamente con tal fin, el cual es sumamente tupido é impide que el gas se escape. En la actualidad la dosis de dicho fluido que se administra á cada árbol se determina con una



El presidente de la Republica Mr. Taft y su esposa, acompañados por monseñor Russell, saliendo de la iglesia de San Patricio el Día de Acción de Gracias Panamericano.



La salvación de los cidros. — Remojando un tendal en una solución química para resguardarlo del moho.

ceremonia se llevó á cabo con la mayor brillantez, el día 30 de noviembre de 1911, en la iglesia de San Patricio, de Wás-

hington, habiéndose tenido en cuenta especialmente el espíritu de que se halla compenetrado el pueblo americano ese histórico día de fiesta.

El presidente de los Estados Unidos, los representantes diplomáticos de las otras veinte Repúblicas americanas, miembros del gabinete y muchos convidados, llenaron por completo el conocido templo de San Patricio, debiendo agregarse que la solemnidad y belleza de aquel acto produjeron profundísima impresión á todos los circunstantes. Este importante día de fiesta no podía haberse celebrado de una manera más brillante y adecuada.

Hicieronse loables esfuerzos á fin de que la festividad de que se trata revistiera tanto un carácter religioso como patriótico, y se obtuvo por resultado un espectáculo verdaderamente deslumbrador dentro de aquel sagrado recinto. La presencia de prominentes personalidades era un indicio vehemente de la alta significación que para ellas tenía dicho acto. El elocuente sermón fué oído con verdadera unción, y todo indicaba que aquel era un acontecimiento extraordinario.

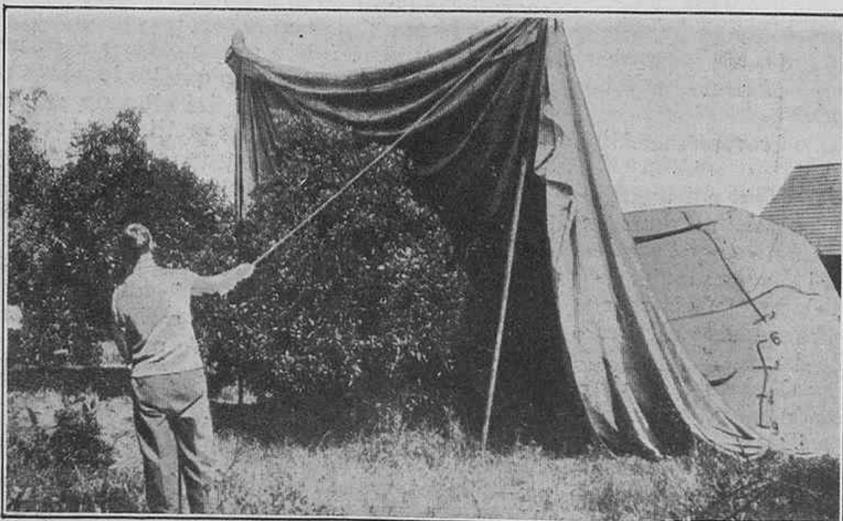
El presidente Taft y su esposa ocuparon el puesto de honor en la parte anterior de la nave central del templo, próximo al presbiterio. En esta nave los bancos delanteros de la iglesia se reservaron para el cuerpo diplomático de la América Latina, habiéndosele asignado á cada representante un banco decorado con la bandera de su país. Las columnas del templo estaban envueltas en la bandera de los Estados Unidos, artísticamente entrelazada con las de las otras Repúblicas.

El altar estaba primorosamente alumbrado, en tanto que varios grupos simbólicos de luces eléctricas, dispuestos más arriba de aquél, hicieron que todo el templo apareciese radiante de luz. El presidente entró á las once en punto y acto continuo empezó el servicio religioso. En el altar estaban monseñor William T. Russell, rector de San Patricio, y Su Eminencia el cardenal Gibbons, príncipe de la Iglesia, siendo digna de mención la coincidencia de que la investidura, en Roma, de tres cardenales americanos que fueron escogidos recientemente, se efectuó sólo unas cuantas horas antes que la Misa Panamericana en Washington. El reverendo Francis P. Doory, de Baltimore, celebró la misa mayor, y Su Ilustrísima el obispo Donahue, de Wheeling, Estado de la Virginia

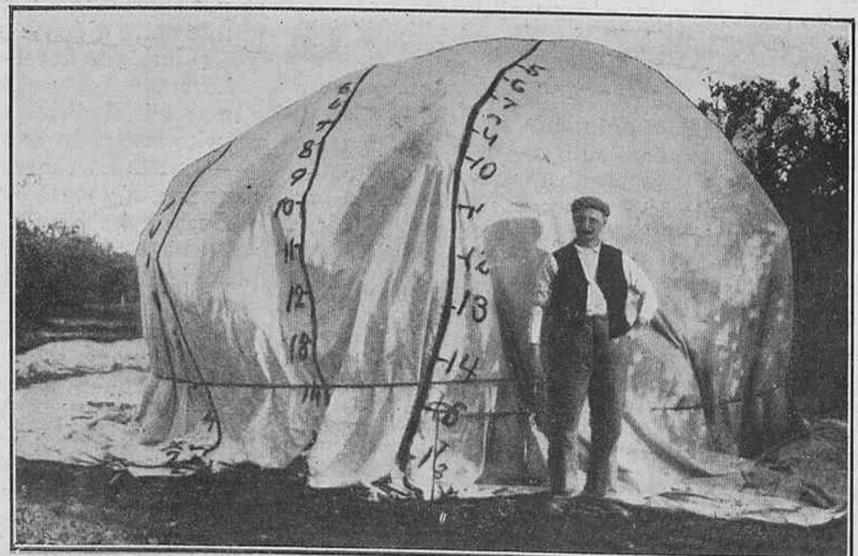
precisión matemática. El costo que ocasiona la fumigación de cidrales en California representa un promedio de \$ 1.000.000 al año, sometiéndose á tratamiento unos 36.000 acres. El objeto principal de este tratamiento es destruir los insectos que se chupan la savia, y que son los mayores enemigos de la naranja, el limón y la toronja. Uno de estos insectos, que se denomina «escama negra», segrega una substancia dulce que se conoce por «rocío de miel», la cual se esparce sobre las hojas, la fruta y las ramas. Es necesario quitar esta substancia de encima de la fruta antes de enviarla al mercado, y el procedimiento de extracción siempre araña la fruta, más ó menos, y finalmente hace que se pudra. Recientemente se descubrió el origen de esta plaga, y en la actualidad se están tomando las medidas conducentes para destruir el expresado insecto, que anteriormente hizo necesario lavar las frutas.

Hace tiempo que los colectores de insectos conocen la botella de cianuro, y el Dr. D. W. Coquillet, de la Oficina de Etnología del Gobierno de los Estados Unidos, concibió la idea de emplear este mismo agente para exterminar los insectos en las plantas. Primero hizo el experimento con el insecto cóccido, ó pulgón, en los naranjales de California, y usó tendales para encerrar el gas venenoso mientras éste hacía su obra mortífera. Los primeros experimentos de esta clase provocaron á risa y dieron lugar á la crítica, pero lo cierto es que ahora se ha reconocido el gran valor de este método, el cual se ha adoptado no sólo en California, sino en los Estados de Luisiana, Florida y en otros países donde se produce la cidra, tales como el Japón, Australia, España y Sud América.

Por más que el principio sigue siendo el mismo, es decir, la



La salvación de los cidros. — Quitando un tendal de un naranjo y colocándolo sobre otro



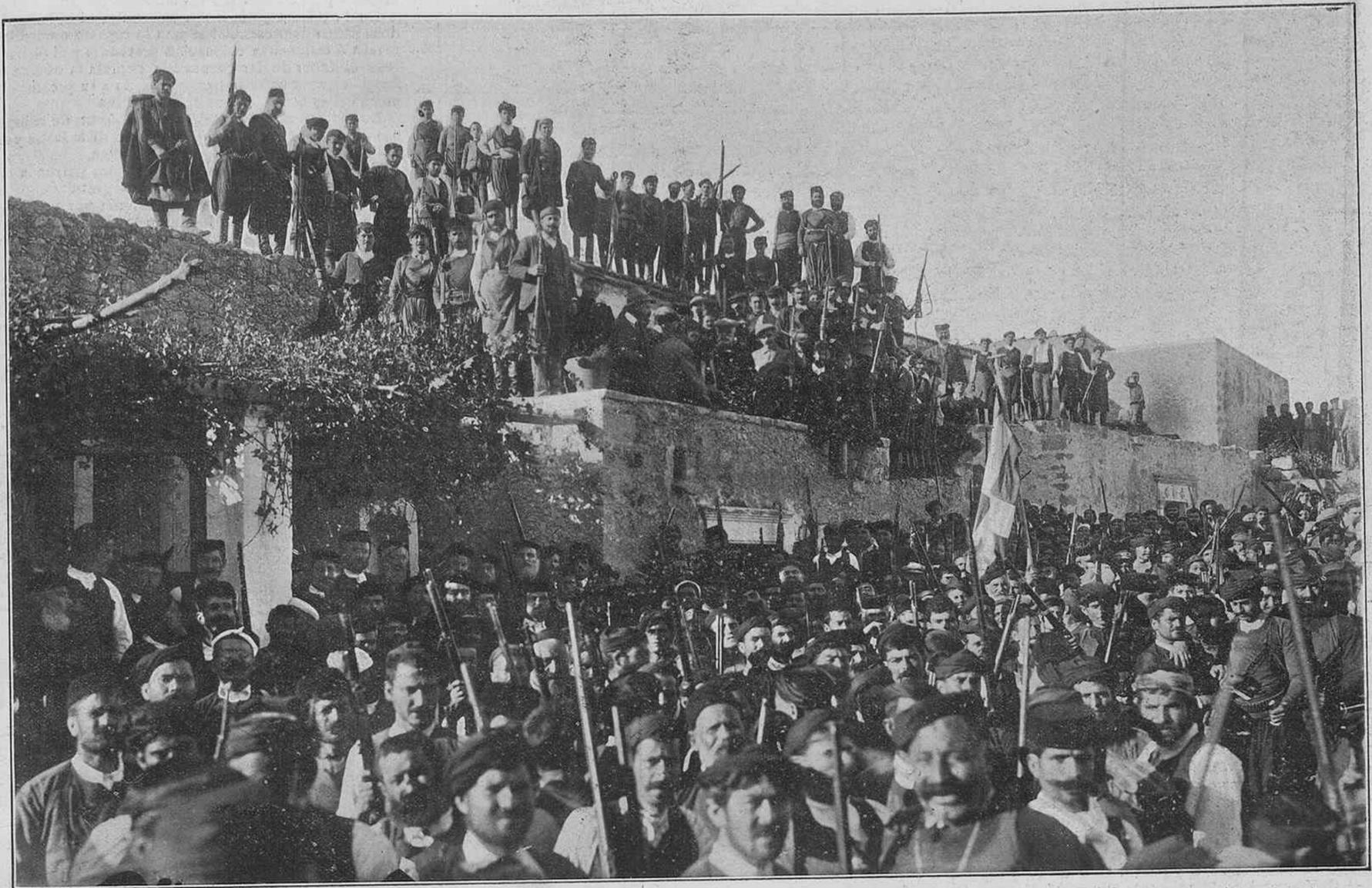
Procedimiento para determinar la cantidad de cianuro que ha de usarse proporcionalmente

botella de cianuro que sugirió el tratamiento, en el método actual se ha introducido el ácido sulfúrico. El ácido y una cantidad de agua que represente el duplo de éste se echan en un botijo ó porrón de barro. Entonces la vasija se coloca debajo del árbol cubierto por el tendal, y se dejan caer dentro

La dosis que cada árbol requiere se determina midiendo con una cinta adecuada la distancia alrededor del árbol, después que se ha cubierto con el tendal. La distancia que hay sobre la parte superior se indica por medio de cifras que se imprimen en la lona de la tienda ó tendal. Por estos datos se

político conforme con sus deseos, comienza á perder la paciencia, en vista de que no se le otorga lo que con tanto afán desea.

Las agencias de navegación cumplieron tan á la letra el orden de los cónsules, que el vapor austriaco que todas las se-



La agitación en Creta.—El mitin de Gorgolaini. En el centro, el Comité Ejecutivo Cretense. (De fotografía de Carlos Trampus.)

de la misma unos cuantos terrones de cianuro de potasio. Ciérrase después el tendal, y el fondo se asegura bien por todos lados, con el fin de impedir que el gas se escape. El ácido sulfúrico se introduce para que la generación sea más rápida.

Cuando se trata de una plantación ordinaria, se emplean unos 30 tendales, que se manipulan fácilmente con un par de estacas de madera, y se trasladan de un árbol á otro. Se acostumbra administrar la dosis á los árboles hilera por hilera, y así se pasa por una línea de tendales á través de un huerto, invirtiéndose una hora, poco más ó menos, en la fumigación de un árbol. Este trabajo se hace necesariamente de noche, porque los rayos del sol descomponen el gas hidrocianico y lo convierten en gases venenosos que dañan el árbol.

La propiedad de este equipo varía según la región del Estado. Los contratistas han encontrado que la fumigación de huertos á un tanto por cada acre es un negocio que da utilidad. Otros equipos son propiedad de una combinación de cultivadores de frutas que pagan los costos á prorrata, y compran las substancias químicas y otras provisiones en grandes cantidades, en tanto que en otros casos el equipo es propiedad de juntas de horticultura locales que lo explotan. Sin embargo, parece que la manera más práctica es que el agricultor tenga su propio equipo, puesto que así le será posible fumigar sus árboles cuando lo considere más conveniente y oportuno. Los tendales que ahora se usan se componen de sábanas planas octogonas. Se hacen, manejan y reparan fácilmente. Los tamaños corrientes varían desde 17 hasta 64 pies de diámetro. Las grúas se necesitan únicamente para fumigar los árboles muy grandes y altos.

calculan aproximadamente el contenido del tendal en pies cúbicos y la cantidad de cianuro que se ha de usar proporcionalmente, evitándose así hacer conjeturas. El tratamiento cuesta desde 25 hasta 45 pesos por cada acre.

(Del Boletín de la Unión Panamericana.)

LA AGITACIÓN EN CRETA

El estado de agitación en que vive desde hace tantos años la isla de Creta y al que no pudo poner remedio ni siquiera la autonomía que el sultán de Turquía, por imposición de las potencias, le concedió en 1898, se ha recrudecido en estos últimos tiempos y ha dado recientemente origen á incidentes de relativa gravedad.

La asamblea cretense se empeñó en nombrar diputados que la representarían en la Cámara griega, pero cuando estos diputados pretendían embarcarse para Atenas, las potencias protectoras, Francia, Inglaterra, Italia y Rusia, se opusieron terminantemente á que tal propósito se realizara y por medio de sus respectivos cónsules comunicaron á todas las agencias de navegación la prohibición de entregar pasajes á los representantes cretenses que intentaran embarcarse para Grecia.

Los diputados revolucionarios Hagi Michalis, Michelidakis y Kephalyannis protestaron contra aquellas medidas, declarando que el estado de ansiedad en que desde hace tiempo se encuentra la población de la isla quitaba á las autoridades y al gobierno cretenses toda autoridad y que el pueblo de Creta, esperando indefinidamente una sistematización del régimen

manas pasa por la Canea para dirigirse luego al Pireo no tomó ningún pasajero.

A pesar de todas estas precauciones, los diputados lograron embarcarse en el vapor *Spelzar*, pero los cónsules pudieron detenerlos, prometiéndoles que los dejarían en libertad si daban su palabra de honor de que no intentarían de nuevo llegar á Grecia. Negáronse aquéllos á empeñar su palabra en este sentido y entonces los cónsules los trasladaron, de buen grado á unos y á otros por fuerza, á bordo del buque de guerra francés *Amiral Charner*.

Un diputado, el Sr. Skamnakis, consiguió burlar la vigilancia de los cónsules de La Canea y pudo llegar al Pireo, pero allí las autoridades griegas lo detuvieron y reembarcaron para Creta.

Al fin, terminadas las sesiones de la Cámara griega, y desaparecido el peligro que quiso evitarse con la detención de los diputados, fueron éstos puestos en libertad, quedando así resuelta de momento una situación que podía dar lugar á muy serias dificultades.

Decimos de momento, porque los cretenses no desisten de sus pretensiones y el movimiento revolucionario va ganando mucho terreno. Según las últimas noticias, el Comité Ejecutivo Cretense ha cambiado de nombre y actualmente la isla es gobernada por un comité insurrecto, el cual parece que ha adoptado resoluciones encaminadas á enviar diputados cretenses á Atenas cuando se abra la próxima legislatura. Es de suponer que las potencias tomarán las medidas necesarias para evitar que esto suceda y que, por consiguiente, se reproduzca el actual conflicto.

CITRATO EFERVESCENTE "KING"
 LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
 SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300.000 FRASCOS ANUALES
 ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO
 Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 Barcelona

Paris
 Data de 1849
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 Casa GANDÈS B^o St-Denis, 16

AVISO Á LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ra} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA Debilidad Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 El más activo y económico, el único inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

BARCELONA.—LA NUEVA BOLSA DEL TRABAJO INSTALADA EN LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL



Pizarras en donde se anotan las demandas y ofertas de colocaciones

Hace algún tiempo, la importante entidad barcelonesa Fomento del Trabajo Nacional, inspirándose en los móviles levantados que han determinado siempre sus actos y deseosa de contribuir, por su parte, á todo cuanto pudiera facilitar las buenas relaciones entre patronos y obreros, constituyó la llamada Bolsa del Trabajo que, desde los primeros momentos de su fundación, funcionó con el mayor éxito.

El objeto de esta Bolsa fué servir de mediación entre los que tenían empleos que ofrecer y los que solicitaban colocaciones, habiendo sido en número grandísimo las operaciones efectuadas.

Recientemente este organismo, tan importante bajo todos conceptos, ha sido trasladado á la Diputación Provincial, que lo sostiene económicamente, y puesto bajo la tutela del Museo Social. Y es curioso é interesante el espectáculo que ofrece todas las tardes el vestíbulo del palacio de la Plaza de San Jaime, adonde acuden hombres y mujeres faltos de trabajo en busca de una colocación adecuada á sus respectivas aptitudes.

El funcionamiento de la Bolsa del Trabajo no puede ser más sencillo ni ofrecer mayores seguridades de formalidad.

De nueve á diez de la mañana, los que desean una colocación van á inscribirse en el registro abierto al efecto, presentando el mayor número posible de justificantes de aptitud y de buena conducta, de las casas en donde han prestado sus servicios, del tiempo que han estado empleados y demás datos é indicaciones pertinentes en apoyo de su solicitud.

La comisión de la Bolsa examina las demandas de inscripción y los justificantes con ellas acompañados, y una vez aprobadas aquéllas, los ya inscritos solicitan las colocaciones que les convienen de entre las que ofrecen los patronos en las pi-

zarras expuestas al efecto. Las solicitudes de empleos deben presentarse los peticionarios de cuatro á cinco las mujeres y de cinco á seis los hombres.

En la oficina de la Bolsa se facilita al solicitante un documento de presentación para la casa de comercio, almacén ó taller cuya colocación pretende; y el solicitante tiene el deber de dar cuenta á la expresada oficina de la acogida que el patrono ha dispensado á su pretensión, lo mismo si es favorable que si es negativa.

Los patronos pueden formular las ofertas de colocaciones durante todo el día en las oficinas de la Bolsa y están obligados á reproducirlas cada ocho días.

Todas las inscripciones, así las de los patronos como las de los obreros, son absolutamente gratuitas.

La Bolsa del Trabajo está gobernada por una junta ó comisión directiva, constituida en la siguiente forma: un presidente, delegado por la junta del Museo Social; un vicepresidente, delegado por la junta del Fomento del Trabajo; un vocal, delegado por la junta de la Cámara de Comercio; y dos vocales, delegados por dos sociedades obreras, la más antigua y la más moderna, de Barcelona.

Actualmente forman la Junta de la Bolsa del Trabajo los Sres. Verdaguer y Callís, diputado provincial, por el Museo Social; Calvet, por el Fomento del Trabajo; Sabater, por la Cámara de Comercio; del Fierro, por el Sindicato Productor de Obreros Picapedreros, y Marcoval, por la Unión profesional de obreros hiladores y tejedores.

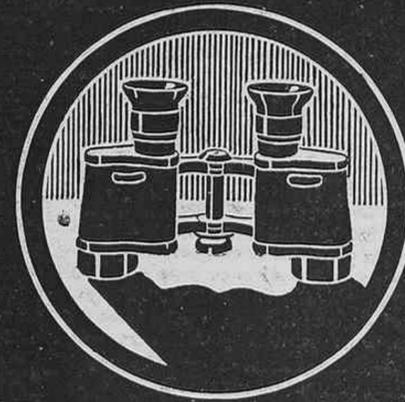


La Junta de la Bolsa del Trabajo

De izquierda á derecha: Sres. Calvet, Verdaguer y Callís, Sabater, Marcoval y Moragas Manzanares. (De fotografías de Baguña y Cornet.)

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



ZEISS
GEMELOS

PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA

PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»

De venta en todos los Establecimientos
de Optica, y por

CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA

Berlín - Francoforte s/M. - Hamburgo
Londres - París - San Petersburgo - Viena.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN